El Carbonero

de

Valencia

Novela traducida del Francés

Por Luis Adolfo Ramirez de las Casas-Deza.
alumno del Instituto Provincial

de

Córdoba.

1867.

El Carbonero.
de
Valencia.

Capitulo I.

La Huida

Una mañana del mes de Junio del año 1546 un hombre respetable estaba sentado delante dela puerta de su apasible vivienda, situada cerca dela ciudad de Salamanca perteneciente al reino de Leon en España.

Era este Alfonso de Arias, profesor dela muy célebre universidad de esta poblacion, y descansaba delas tareas literarias.

A su lado sobre el mismo banco había un vaso de leche que llevaba de cuando en cuando á sus labios para templarse, dejandose llevar de los recuerdos de su juventud que el habia pasado en esta misma universidad con el joven conde de Palma.

Estos dos amigos se habian jurado anteriormente fidelidad y amistad inviolable, prometiendose socor-

ser mutuamente en caso de adversidad y desgracia.

Pero despues de haber acabado sus estudios, se separaron para seguir cada uno su carrera.

El joven conde fue enviado al reino de Portugal en calidad de embajador, el otro se perfeccionó en sus estudios y llegó á ser profesor de la universidad de Salamanca.

A su llegada de Portugal el conde de Palma fué nombrado coronel de un regimiento que estaba de guarnicion en Toledo, así los dos amigos pudieron pasar sin que el tiempo alterara la amistad que habian jurado.

Mientras que el profesor reposaba un poco, oyó el sonoro repique de campanas, á anunciar con su hermosa armonía la fiesta del apostol Santiago que se iba á celebrar al dia siguiente; y estos sonidos habian encendido en su alma dulces y piadosos sentimientos.

Las campanas resonaban aun, cuando vió llegar cerca de él un hombre vestido de peregrino, cuyo aspecto pálido y pensativo, denotaba que sentia con profundo disgusto.

Cubrió con su capa á un niño de edad de cuatro años, poco mas ó menos, y mostraba el mas vivo deseo de entretenerse con el profesor.

Se levanta al momento de su sitio y le lleva á su habitacion. Allí el peregrino se quita su capa y se manifiesta el conde Palma.

Grande fué la sorpresa del profesor á la vista de su anciano amigo.

Se abrazaron y vertieron dulces lágrimas.

Entonces el conde puso al niño dormido debajo de su capa, y dando un suspiro dijo. Fue mi amigo querido un desterrado delante de ti.

Mi adversario el conde Fernando de Mendoza me persigue hasta el último trance.

Han puesto mi nombre en la lista delas víctimas de la inquisicion, pero el Señor, me es testigo que soy inocente.

Por mi fiel criado Cesario he venido á conocer lo que se trama contra mí.

El sobresalto que esta noticia le ha causado á mi pobre esposa, le ha sobrevenido la muerte.

Que yace bajo los Olmos (1) y ciprues de Toledo.

Por evitar el decreto sangriento que no tardaria en pronunciarse contra mí, me he puesto en fuga con mi hijo y cubierto con esta capa burda me he venido contigo.

¡Como! esclamo el profesor fuera de sí, es imposible que se haya podido sospechar de tí el crímen delas herejía, tu que siempre has cumplido con toda exactitud los deberes de un buen cristiano.

Tu me juzgas con justicia amigo mio, pero es necesario que sepas, que existe desde varias generaciones una fuerte rivalidad entre las casas de Palma y de Mendoza.

Un malsin ha naminado el fuego que estaba debajo delas cenizas, las riquezas que poseo, excitan la envidia, y como vivimos en una época de intrigas, un enemigo pretende sobreponerse sobre las ruinas de mi

(1) Sauce de Babilonia?

fortuna, y quien sacrificarme para llegar á conseguirlo, pero mi resolucion es muy apocada, evitare los golpes que se me preparan, para lo cual Dios me ayude.

¿ Que puedo hacer por tí amigo mio? respondio el profesor consternado.

Salir del pais tan precipitadamente como lo exigen las circunstancias es cosa imposible por causa de este niño.

¿ Y cuando eso suceda que hará de este pequeño desgraciado? ¿ Que educacion podrá darle en un país estranjero.?

Vengo, pues, á rogarte en nombre de nuestra antigua amistad, y dela desgracia que me oprime de acogerlo en tu casa y de educarlo, para que que oculto á los ojos del mundo hasta mejores tiempos.

El profesor le dió la mano al conde.

La amistad que nos hemos prometido le respondió no faltará, y el niño estará seguro y bien tratado en mi poder.

La primera cosa que te recomiendo replico el conde, es educar á mi hijo, segun las maximas de nuestra santa religion, y de inspirarle la mas viva adhesion hacia ella; despues que sea un buen ciudadano, que ame á su patria y á su rey, hacerle conocer la historia de su pais, que aprenda estos cantos nacionales que animan

el alma, ejercitarle su valor en las fatigas de la guerra, y acostumbrarlo á todo.

Pero no podra revelar el secreto de su nacimiento ni el nombre de su padre, á fin, de que la vanidad no altere la modestia en la cual debe pasar su juventud.

Prometedme amigo mio constigo, de cumplir estas religiosas deseos de mi corazon, y de tener cuidado que observe estas maximas morales, y estos preciosos dones que le confio, y como un padre amante le con su hijo, y hasta el dia que vuelva á reclamarlo, que le manifestaré mi grato reconocimiento.

Los dos amigos se abrazaron fiernamente y vertieron copiosas lagrimas.

Es preciso, marchar, replico el conde; porque los espias estarán acaso sobre mis pisadas.

Tomad estas alhajas, asi como este rollo de pergamino cerrado.

Cuando mi hijo haya llegado á la edad de diez y seis años en que yo quizas no exista, en el dia de Santiago, tu le descubrirás y le enseñarás á mi hijo el nombre de su padre y los misterios que han ocasionado su infancia.

Pronunciando estas palabras el conde echó una mirada hacia el niño dormido y dando un suspiro exclamó ¡O Hijo mio! y le dio numerosos besos, y el niño se despertó.

Vamos amigo mio es tiempo de marchar dijo el profesor al conde.

No te dejes dominar del pesar, pon tu confianza en él que acaba de hacer brillar en la bóveda celeste el astro de la tarde como un testigo de nuestra seguridad.

Le dió otra vez la mano al conde, y bendijo a su hijo, tomó su capa de peregrino y salió de la casa para dirigirse hacia una de las puertas de Salamanca.

El profesor procuró calmar el dolor del niño, enseñandole diferentes objetos, divirtiendolo cuanto le fué posible apesar de sus grandes ocupaciones.

El niño se hizo bien pronto á la ausencia de su querido padre, se desarrolló bajo la sabia obediencia y sus adelantadas disposiciones.

Seis años se pasaron así, el conde de Palma movido por el deseo de ver á su hijo, volvió un dia á Salamanca, vestido con la ropa de peregrino.

Cuando se acercaba á la casa que habitaba su amigo, se apercibió que uno lo seguia: el temor no le permitió, entrar en la casa del profesor y se retiró precipitadamente.

Sin embargo pronto se esparce el rumor de que un sospechoso se habia presentado en las calles de la ciudad, y habia andado alrededor de la casa del profesor, y de aquí se infirió que era el conde de Palma lo que causó un miedo tal al sabio, que abandonó la ciudad á media noche con el joven para ocultarse en un valle obscuro, donde no pudieran facilmente descubrirlos.

Capitulo II.

La carbonera del bosque.

España encierra pocos territorios, mas pintorescos que las cercanias de Valencia.

Una primavera perpetua parece que alterna con el estío y el otoño; y el invierno no reina sino en las alturas de las montañas, pues la cordillera se prolonga desde los Pirineos, cuya cadena separa este reino de Francia.

Los valles ostentan con profusion la mas grande variedad de flores y frutos, y las diferentes producciones que se notan en ellos, llama la atencion, y no se puede dejar de admirar el poder y bondad del criador.

Magníficos bosques rodean estos hermosos valles.

Las encinas, los platanos, los abetos, y los numerosos zarzales, hacen con tanta gracia, sobre las verdes montañas y colinas.

No se cansa jamás la vista, pero aumenta aun el aspecto magico, sobre todo cuando la niebla de

la mañana dugarra su crepon gris bajo la accion delos rayos del sol naciente.

En valle delas montañas de Valencia fué donde el profesor que nosotros nombraremos Camilo en adelante fué á establecerse con el hijo del conde de Palma llamado Alberto; entonces tenia la edad de diez años. Construyó una pequeña cabaña, situada en los arrededores de una rica mina de carbon de piedra que esplotaban sus habitantes.

La cabaña fué situada entre dos encinas vigorosas, que la cubrian con su sombra, era bastante espaciosa para habitar comodamente Camilo y Alberto.

Un claro arroyo corria, llevando su onda de cristal á una pequeña distancia de allí al través de su manantial de guijarros de los mas bellos colores, se elevaba en una pintoresca colina, una capilla con su campanario del cual pendia una pequeña campana; iba los domingos y dias festivos un religioso dela órden de Sto Domingo, á celebrar los divinos misterios y á predicar la palabra de Dios á los pastores y carboneros delas cercanias.

El valle ofrecia mas que todos los otros la ventaja de estar resguardado de los vientos del norte y los numerosos rebaños de merinos que pastaban agradaban mucho dela dulce temperatura.

Camilo oculta su verdadero nombre, asi como el de su discipulo á los habitantes dela comarca, se disfrazó el nombre como hemos dicho, y renunció todo lo que podia pertenecer á su antiguo estado.

Pero su aire serio y venerable, las facciones de su fisonomia imponia, su lenguage puro, parecia descubrirlo, y se conocia que la naturaleza no lo habia destinado á manejar la azada, ni á tirar de un carreton, y á trabajar en las minas. Alberto sus cabellos rizos, y la blancura de su tez, sus facciones delicadas, su mirada penetrante, no parecia ya en su lugar al lado del hogar ahumado, ó á la cabeza de un pequeño rebaño de carneros.

Sin embargo nadie procuraban levantar el velo del misterio que cubria la aparicion de estas dos personas.

Camilo llego á ser un poco de tiempo el amigo y el consejero delos buenos habitantes, gentes sencillas y virtuosas que suponian una gran desventura, ocultada con el vestido de carbonero, se contentaban con admirar á este hombre sin pretender conocer sus secretos.

Camilo dió á su discipulo una educacion tal como el conde lo habia deseado.

Lo instruyó en las maximas dela religion que forman el corazon en la piedad, su espiritu en los conocimientos, lo enseñó en manejar las armas, en perseguir á los animales en la caza, y á no temer su fiereza.

El aprecio de los cantos nacionales que electrizan el alma delos españoles, y entonaba frecuentemente con él; principalmente por la tarde, cuando fatigados del trabajo reposaban todos á la sombra de una encina secular, y asistian á la despedida

que el sol hacia á la tierra, dorando con sus últimos rayos las cimas delas montañas.

En estos momentos de calma dela naturaleza fué en los que Camilo dió á su discípulo lecciones sobre una multitud de cosas importantes, principiado siempre por la religion dela cual procuraba hacerlo amante.

Mírame, le dijo una tarde, tu no ves entre mi mas que un antiguo decrepito.

¿Cuanto tiempo aun estaré contigo?

Acaso dejaré en poco, mis restos mortales en el sepulcro al lado dela mina de carbon donde yo he trabajado con tanta frecuencia.

Entonces compareceré al tribunal de Dios para darle cuenta de todas mis acciones, que juzga con justicia, y delante de el nadie es inocente.

El hombre será desgraciado, si no tiene un poder intercesor con este divino Jesus, cuya sangre ha sido derramada por nosotros en el monte gólgota, y cuya doctrina es la brújula de nuestro espíritu.

Es necesario para que este juez nos sea un dia propicio, prepararnos de antemano para parecer delante de él con seguridad.

Es menester tener una vida arreglada en las maximas dela fé, hacerse buen cristiano y evitar lo que pueda disgustarle, y seguir el Evangelio.

Y así, mi joven amigo procura desarraigar cada vez mas en tí las malas inclinaciones de tu corazon.

En la edad que tu tienes las pasiones duermen aun, pero ellas despertarán algun dia y crecerán, procurarán establecer su imperio desolador en tu corazon, y entonces ¿cuando será necesario recordarte que eres el discípulo de Jesus que dice en su Sto Evangelio que aquel que no renuncia todo lo que posee no es digno de él.

Estampa, pues su santa ley profundamente en tu corazon, y no olvides nunca que es una eternidad feliz ó desgraciada, y que depende de nosotros el poseer un dia eterno, ó de perder para siempre á este Dios que nos ha criado para él, y no para la tierra.

Tales palabras renovadas de cuando en cuando, dieron frutos de vida.

Alberto los observó con un ardor cada dia mas vivo, y conformó con él su vida.

Se le vió crecer en sabiduria y en piedad, todo anunciaba en él un digno del conde de Palma.

Era feliz bajo la tutela de hombre de bien, que no parecia vivir mas que por él, pero á medida que Alberto adelantaba en edad, sentia que no estaba en su categoría vivir en este valle tan oculto.

El nombre del maestro con que el nombraba á Camilo, no remplazaba en su corazon, el padre que

no podría ya pronunciar, y procuraba algunas veces en vargar el velo que cubria su nacimiento.

Algunas veces lo consolaba lo mejor que podia, haciendole entender que un dia vendria en que le seria permitido estrechar contra su corazon al autor de sus dias; que esperando debia limitarse haciendo votos para ser llegar pronto ese feliz momento, sin procurar saber mas de esto.

Un dia atravesaron juntos un valle angosto para visitar la comarca de alrededor.

Caminando Camilo le llamó la atencion á su discipulo sobre las bellezas de la naturaleza.

Pues vieron flores que el joven no habia visto nunca, y de las cuales el maestro le clasificaba el nombre, y le esplicaba las cualidades; mas allá encontraron, petrificaciones, arboles plantas, y manicos que ofrecian á Camilo larga materia de reflexion.

Llegados al confin del bosque Alberto no pudo contenerse al aspecto de los innumerables bellezas que se reproducian á cada paso en esta comarca encantadora.

Un rio caudaloso corria, sus ondas puras y tranquilas al través de un fertil llano, de tristes cipreses, ramos y chopos, que orillaban sus margenes.

Una brisa suave agitaba blandamente las espigas doradas, y sus ondulaciones parecian

á las orillas de un lago cuya superficie cerraba con el impetu del viento.

Numerosas quintas, otras casas de menor apariencia ocupaban la llanura, molinos de viento cubrian las colinas proximas, pues las cumbres y los llanos ofrecian pingües pastos para las cabras, corderos de lana fina, para bueyes y mulos.

Aquí y allí el pastor apoyado en un arbol hacia resonar al aire los ecos de su flauta campestre, el cisne magestuoso con el plumaje de alabastro flotaba como un barco, sobre la superficie del estanque, y parecia irritarse contra los animales que venian á apagar la sed.

El crepusculo estaba esparcido por toda la comarca, y su aspecto vaporoso prestaba un encanto mayor á todos estos objetos halagüeños.

Las vistas de estas cosas nuevas para Alberto le animaban la vida, y le hicieron una impresion tal en la imaginacion aun virgen de este jóven, que se creyera trasportado en un nuevo mundo.

Le dió la mano á Camilo, y le dijo maestro ¿porqué no nos establecemos aquí, mas bien que en ese valle tan oculto, donde la naturaleza es tan pobre?

Amigo mió respondió Camilo, eso no se puede, nos precisa permanecer donde estamos, á donde el buitre rapaz y el aguila carnivora vienen á arrebatar nuestras ovejas, pero estoi persuadido

que el aguila, el lobo, y el buitre no son para nosotros enemigos tan formidables como lo era un hombre para con tu padre y para contigo cuando habitabais una hermosa comarca como esta.

Nosotros hemos sido obligados á huir, y de ocultarnos en esta soledad, para evitar las persecuciones

Sin embargo no quisiera que la reflexion que te he inspirado, te cause odio á todos los hombres, ni se parezcan á aquel de quien te hablo gracias á Dios que hay muchos buenos y virtuosos.

Observa á lo lejos y verás sobre aquellas colinas plantadas de arboles, un hermoso castillo de estilo gótico, que eleva al aire sus almenas carcomidas por el tiempo.

Los dueños segun me ha dicho uno de nuestros vecinos acaban de llegar.

El conde sujeto violento é irascible, no se ha detenido mas que algunos dias, pero la condesa pasará allí todo el verano, es muy apreciada como una señora del mayor mérito, sobre todo ella misma educa á sus dos niños, y en fin se distingue por su caridad con los pobres.

Vamos á visitar á esa familia cuya amistad podrá sernos útil algun dia, y en todo caso las vistas de estas personas no podrá menos de hacerte una impresion, veras mas cerca

la vida delos grandes del mundo. Este anuncio fue de gran placer para Alberto, abrazado del deseo de conocer á esta familia tan estimable.

Pero replicó Camilo nos será necesario usar de alguna precaucion, afin de no ser acusados por espias, que nos entregaria á la inquisicion para perdernos.

¿Pues que es la inquisicion? preguntó Alberto.

Es un tribunal terrible que vela por la pureza dela fé, pero esa autoridad se abusa algunas veces para perder á aquellos de quien se quiere desembarazar.

¿Y que nos sucederá entonces?

Yo no te diré mas en este momento, respondió Camilo, ya sabrás mas tarde, sobre esta materia. Cuando nos presentemos al castillo, tomaremos algunos pedazos de Zafiro y Amatista que á las señoras le gustan mucho, y cogerás algunas delas flores mas bellas para hacer un ramillete, y lo ofrecerá á los niños.

Alberto se marchó contento, y se divirtió ante dela escursion que iba á hacer.

Capitulo III.

El Castillo.

Llegó el dia en el que Camilo y Alberto efectuaron el proyecto de ir á ver á la noble familia.

Era una hermosa mañana de Mayo.

La condesa Ysabel de Mendoza estaba sentada sobre un cojin de telas y madreselvas.

Al lado de ella habia un harpa, pues hacia de cuando en cuando vibrar las cuerdas.

Sobre una mesa habia un libro de canciones piadosas.

La condesa hizo señal á Blanca, pequeña niña encantadora de diez años de edad para que llamase á su hermano Juan, que tenia doce años, para que viniese á cantar un cántico.

Juan obedeció, y los dos niños cantaron, a-

compañados por el harpa melodiosa, que su madre hizo sonar con gran habilidad.

En seguida que el cantico se acabó, la condesa dijó á sus niños.

Pues hijos mios acordarse amenudo de Dios, sed sabios, obedeced prontamente, y sobre todo huid del pecado, afin que vosotros atraigais las miradas de Nro Padre Celestial.

¿No es así rupondió Juan; que vos quereis que nos parezcamos al chico carbonero del valle que con tanto fervor ha orado el domingo último en la hermita.

¿Has visto, pues, á este chico? preguntó la condesa.

Si, Si,

Y yo tambien dijo Blanca, lo he visto, á este jovencito, parece que es muy amable, y mi hermano me ha dicho, que Si vos lo permitis será su amigo, y su compañero.

¡Que! exclamó la condesa, echando una mirada escudriñadora sobre su hijo ¿quieres hacerte amigo de ese niño?

Piensas, pues, en la gran diferencia que hay de un pobre carbonero, á la de un noble conde.

¿Que papel haríais vosotros juntos?

¿Y porque me abochornaria de tener ese amigo si conviene con mi corazon?

¿No nos habeis dicho con frecuencia que no

se debia juzgar á los hombres segun sus apariencias exteriores; y que amenudo por el paño burdo y grosero, late un corazon mas virtuoso que bajo la purpura y la seda?

La madre con tales palabras habia enmudecido, apretó al niño contra su corazon y le prometió hacerle amigo del chico carbonero; cuando el gobernador del castillo se presenta y le dice.

Noble señora, el hombre misterioso del valle está en la puerta, desea entrar al castillo para hablaros. Está cargado de un saco de carbon de piedra, que probablemente quiere venderlo á vos, si permitis que se presente delante.

Tomad el carbon y pagarle doble de lo que vale.

El gobernador del castillo quiso retirarse pero Juan se lo impidió diciendole; el chico carbonero está con él?

Si, Si, está,

En este caso replicó la condesa traer los dos aqui, traed tambien el desayuno delos niños que el chico carbonero tendrá acaso necesidad.

En fin Camilo y Alberto entraron.

El profesor saludó á la señora y á los niños; Alberto cojió su bandolin cantó una balada, acompañandose con el instrumento

y sirvió de mucho regocijó á la condesa y á los niños.

La señora dió las gracias á Alberto, y se aproximó á Camilo, que se arrepintió cien veces de haber venido á este castillo, temiendo ser descubierto: pero la señora le hizo entrar bajo el emparrado, y le dijo que se sentase, y viendo su inquietud, le preguntó lo que tenia. Despues reportandose le hizo que se le sirviesen refrescos, sin llevar mas lejos su pregunta.

Camilo viendo que no era descubierto recobró su animo, enseguida sacando de su saco piedras preciosas que el habia traido, las ofreció á la condesa diciendo:

—No rehuseis noble señora estos pequeños objetos que yo os presento tal como la naturaleza los ha producido, convienen mejor á los habitantes de un rico castillo, que á los de una pobre carbonera.

—Mi presente es menos brillante que el de mi maestro, dijo á su vez Alberto, presentando su ramillete á la noble señora, pero el brillo de estas flores heriria graciosas á estos jóvenes corazones en medio de los cuales desearia pasar mi juventud.

La sorpresa de la condesa oyendo estas palabras, llegó hasta el ultimo estremo.

La condesa conoció que este anciano y este jóven no eran de profesion carboneros, y deseo

conocer su cualidad y su suerte.

Le hizo seña á sus niños, para que se alejase con Alberto, y de ir á tomar á otro sitio el desayuno que un criado había llevado.

El criado no sabía que pensar viendo á un carbonero sentado al lado de la señora, que le ofrecía desayunarse.

Despues de algunas palabras sueltas sobre cosas indiferentes; y mientras que los niños paseaban juntos por el jardin, la condesa dijo á el hombre misterioso.

Yo he notado que vos no habeis habitado este valle, sino de algunos años á esta parte.

Me parece que debe gustaros este valle romantico, si con todo eso vuestra vida no esta emponzoñada con alguna pena secreta.

El anciano dió un profundo suspiro.

Yo confieso Señora que la soledad me conviene mas que al joven que está conmigo, y que no quiero abandonarlo jamas; pero este jovencito se halla muy triste y se disgustará cuando su corazon se despierte y conozca el mundo y sepa que no está en su puesto, sino en una carbonera.

—¡Pobre Alberto!

Tu mereces mejor suerte que aquella que proporciona el furor implacable de un enemigo

Camilo se detuvo al punto como un hombre que temia decir demasiado, pero la condesa vió una emocion que encerraba en su corazon un secreto que se esforzaba en ocultarlo.

Ella le respondió pues: Se vé amenudo que el enemigo, el mas implacable posee una esposa que quiere traer sentimientos, y de operar una reconciliacion tanto mas deseable cuanto sea el interés de dos partidos.

„Pero venid vos„ ¡Ah! yo no sé aun vuestro nombre.

¿Como os llamais?

Mi nombre es Camilo.

¡Y bien Camilo! ¿Vos quereis acabar de decirme porque gustais tanto de la soledad. sin duda sera por mejor llorar las penas que os oprimen.

Decidme, hablad, si os dirijo algunas preguntas no es por una vana curiosidad sino por el vivo deseo de seros util.

¿Hacedme pues conocer vuestras penas, q.e no se si podre poner remedio?

¡Cuantas veces me ha sucedido aplacar la ira de mi marido que, con el mejor corazon se deja prender por las viles trampas que le tienen sus intrigantes..!

En este momento gestiono por su reconciliacion con el conde de Palma.

A estas palabras el anciano le cojió la mano á la condesa y la besó como para atestiguarle su reconocimiento de lo que acaba de oir.

La condesa replicó ¡Camilo! tengo la certeza, que vos no sois carbonero á toda prueba, vos que no pertenecéis á esta clase de hombres groseros que explotan las minas de nuestras comarcas.

Pero ignoro el misterio por el cual os habeis disfrazado; no deseo mas que saber quién sois, y el jóven que protejeis, quisiera conocer solamente vuestras penas á fin de consolarlos.

Tenéis razon, señora de decir que no soy carbonero, y que este jóven no ha nacido en estas cabañas ahumadas, de estos groseros serranos; pero permitidme que no diga nada mas, no puedo sin ser traidor y perjuro á la fé empeñada.

Lo que vos podeis continuar en hacer, es entreneceros en obrar entre los hombres divididos una reconciliacion que será agradable al cielo y á la tierra.

Mientras que Camilo y la condesa estaban en conversacion, los niños se precipitaron hacia el emparrado y Juan exclamó desde muy lejos.

Echad una mirada mamá, y vereis al carbonerito que acaba de atravesar con una

flecha á este cruel buitre que nos ha arrebatado tantos pollos y patos. Ahora las gallinas podrán vivir mas tranquilas en el corral, y no tendrán ya nada que temer de su enemigo.

¿Sabeis como se llama el cazadorcito?

Se llama Alberto.

Es menester recompensarle por habernos desembarazado de este vil animal.

Alberto teniendo en la mano al buitre moribundo, quedaba á la entrada del empalizado, procurando leer con las miradas de su maestro la aprobacion de su heroico acto.

Madre mia respondió Juanito ¿quereis permitidme que ofrezca alguna cosa á Alberto?

El arco con el cual acaba de atravesar al buitre estoy seguro que le seria de puro gozo.

¿Puedo yo disponer de él?

La condesa hizo una señal con la cabeza y Juan presentó al momento al carbonerito la aljaba, flechas, y arco.

Alberto le dió las gracias, y echó una mirada de satisfacion sobre Juan.

¡Bravo! Dijo Camilo dando la mano á Alberto, te has portado bien en este castillo por la vez primera, tu corresponde

á mis esperanzas, á la esperanza de aquel que te ha confiado á mis desvelos, pero yo temo que dentro de poco no los cumpliré ya con respecto á tí.

Camilo se levantó, hizo sus saludos á la condesa para volver á su valle.

Juan y su hermanita permanecieron disgustados de esta partida precipitada pero su madre los consoló invitando á Camilo á venir á visitarlos con frecuencia.

Le prometió y le dijo: Tengo gran confianza en vos Señora; pero antes de abandonaros, os ruego me digais si al tiempo de mi muerte que no está muy lejos, no podria llamaros para confiar el secreto que estoy obligado de reservar aun en este momento.

Vos lo podreis hacer amigo mio: y os prometo prestarme á vuestros deseos.

A la llegada al valle Alberto no hablaba mas que del gusto que habia tenido en el castillo, y del deseo que tenia de volver otra vez.

Tu no irás nunca sin mí, á visitar á esos niños, le respondió el maestro, y despues que el conde de Mendoza vuelva de Madrid tu no saldrás ya de valle.

Alberto prometió obedecer.

Capitulo IV.

El joven Militar.

La condesa de Mendoza había pasado tres veranos con sus niños en su castillo, mientras que el invierno fijaba su residencia en Madrid, lo que causaba mucho sentimiento á Alberto á causa de permanecer oculto en su valle sin ver á sus amigos.

Camilo deseaba mucho el regreso de esta noble familia, y se alegraba de que llegase la primavera para procurar á su discípulo algunos placeres, y sobre todo, la ventaja de conocer al mundo un poco mas cerca.

El tercer año fué singularmente sorprendido entrando en el salon dela condesa.

El jovencito Juan había crecido y llegado

á ser un bello joven.

Había adquirido en Madrid una multitud de conocimientos, y se había ejercitado en el manejo de las armas.

La joven Blanca se había también y desarrollado, y se presentaba con todas las gracias dela juventud.

Alberto se había robustecido, sus ojos vivos, el lijero bello que adornaba su barba, su talle esbelto, anunciaba que bien pronto estaría en estado de combatir por la patria.

Juan fué á su encuentro y le abrazó. Alberto presentó sus respetos á la condesa y á Blanca, y recibió delas dos damas el saludo mas lisonjero.

La condesa se colocó en medio de ellos y no viendo en Alberto el carbonerito ellales dijo.

Hijos mios vosotros, no vais; mas que hoy á volver á tomar los juegos á que vosotros se entregabais antes, pero vuestra amistad no será menos viva, aprended vosotros cuanto importa al hombre comunicar sus alegrias y sus penas con otro, y que la amistad es un don de Dios.

Camilo se sonrió. Y en efecto los antiguos recuerdos se despiertan con violencia en los corazones de dos jovenes; la condesa y Camilo pasaron un rato de gusto de ver esta dulce concordia entre ellos, pero una cosa

causaba una pena viva á él anciano profesor, el acababa de saber aun á pesar de su instancias que la condesa no habia podido conseguir que su marido, se reconciliase con el conde de Palma.

Sin embargo el valiente no perdió su valor.

Frecuentemente quedaba haciendo oracion, una parte dela noche, pidiendo al cielo abreviar el curso delas pruebas á las cuales estaba sujeto un inocente, y consolando á Alberto que le estrechaba con preguntas sobre su nacimiento y sobre su padre.

Al momento se estendió la noticia de que la condesa de Mendoza habia llegado de Madrid á su castillo, i que iba á llevar á su hijo con él.

Alberto se afligió vivamente, y fué otro tanto mas sensible con la pérdida que iba á tener, no le era permitido de ir á saludar á su joven amigo

La noticia era verdadera.

El conde anunció que habia obtenido para su hijo el grado de alférez en el regimiento delas guardias del Rey, y que contaba con su valor pª mostrarse digno de la familia que pertenecia.

Por muy honrosa que le pareciese esta determinacion á los ojos dela condesa no pudo sin embargo ocultar la pena que esta partida tan precipitada le causaba.

Despues de haber enjugado sus lágrimas se ocupó de prepararse el equipaje á su hijo.

Juan no estuvo menos disgustado de verse obligado á partir sin poder despedirse de Alberto, porque la condesa le habia prohibido pronunciar el nombre de este jóven delante de su padre.

Pero Juan no pudo resignarse con no ver mas á su amigo: y con pretesto de dar un paseo, se salió un dia por la mañana temprano á el valle, y abrazando á su amigo le dijo.

¿Que no puedas tu seguirme amado Alberto?

Toma mi mano, dame la tuya en señal de nuestra amistad constante, y no te olvidaré jamas.

Los dos jovenes se separaron con lagrimas en los ojos.

Juan se volvió precipitadamente al castillo para que su ausencia no fuese notada.

Su madre lo llamó enseguida, le hizo sentarse á su lado y le habló asi.

Vas á dejarme, hijo mio, para hacer tu deber, vas á llevar delante de los guerreros la bandera que el monarca confió á tu valor. No olvides jamas las muchas esportaciones que te he hecho desde tu infancia.

Si quieres ser feliz, debes de saber que el dueño temporal que vas á servir tiene un

amo á él cual el mismo esta sumiso y cuya ley está por encima de todas las leyes humanas.

Es á este maestro supremo á él que tu debes sobre todo procurar complacer con su fidelidad en seguir sus mandamientos.

Si en todo estado, el hombre tiene necesidad de favores del Señor, para sostenerse en medio delos peligros á los cuales están sin cesar expuestos en el estado militar, esta necesidad llega á ser, otro tanto mas grande cuanto los peligros son mas frecuentes, pero el guerrero no obtendrá estas gracias sino cumpliendo bien sus deberes religiosos.

No imites, pues, á los que bajo pretesto de ser soldados se eximen de todo deber hácia su Criador, y pasan una vida pagana.

Docante á ti amigo mio, une en tus afecciones el amor del principe con el de Dios, recibe con frecuencia los sacramentos, invoca amenudo á la Santisima Virgen, evita las sociedades delos jóvenes que puedan arrastrarte al mal, y sobre todo procura conservar tu pureza en medio dela libertad delos campos.

Vela, pues, sobre tus pasiones nacientes, modera tus afectos, resiste las insinuaciones perfidas del orgullo, contentate con tu sueldo, en tiempo de guerra se terrible en el combate, pero humano con los vencidos, evita las disputas con tus camaradas, y acuerdate siem-

por que despues de esta vida, nos será preciso dar cuenta de todos nuestros pensamientos palabras y acciones.

La víspera delos combates ten sobre todo cuidado de purificar tu alma con una confesion sincera, afin de no arrostrante la muerte estando en pecado.

La condesa interrumpida por la llegada de un criado, detuvo enseguida el curso de su instruccion, y dió á su hijo una multitud de consejos propios para dirigirlo en su nueva carrera.

Bendijo enseguida á Juan con una tierna efusion de corazon, y lo condujo á el carruaje que aguardaba en el patio.

El conde Hugó dió la mano á su hija.

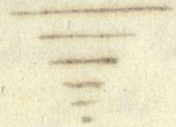
Las ultimas palabras que la condesa dijo á su esposo fueron estas: Amigo mio yo te juro reconciliarte con el conde de Palma.

Pero el invitado no puso atencion á estas palabras, sube sobre carruaje con su hijo y partió.

Las señoras volvieron llorando á sus departamentos, para de allí irse á la capilla y encomendar á Dios á todos guerreros, cuya partida precipitada le causaba mucha pena.

La condesa sobre todo, parecia afectada hasta el estremo pensando que su marido habia estado tan poco atento, á su recomenda-

cion de reconciliarse con el conde de Palma y rogó á Dios con fervor, que enterneciera el corazon de su marido tan amado, afin que entrase en los sentimientos cristianos.



Capitulo V.

Un Invierno in Madrid.

El verano que otras veces había tenido tantos atractivos para la familia de Mendoza, le pareció muy largo; la joven Blanca no hacia otra cosa sino mirar de cuando en cuando por las ventanas, si los árboles del bosque iban perdiendo sus hojas, que era señal de su viaje para Madrid; y tardaba en reunirse con su padre, y sobre todo con su querido hermano.

En fin el otoño llegó; los castaños perdieron sus ojas, las grullas y cigüeñas dejaron el país, todo anunciaba la vuelta dela estacion delas escarchas; cuando el anciano Camilo entró al salon dela condesa, con el joven Al-

berto de haber saludado á las señoras. Camilo dijo á la condesa que su discípulo Alberto deseaba de todo corazon poder tambien irse á Madrid para entrar y servir á su rey y á la patria.

Camilo añadió que era tiempo que este jóven se diese á conocer al mundo, que no podia decidirse á dejarlo habitar mas tiempo en este valle donde su valor se debilitaba y su alma perdia su vigor; y le rogó á la señora que no se olvidase del desgraciado conde de Palma.

Se retiró, y se despidió enseguida con Alberto.

Algunos dias despues, la condesa marchó para Madrid con su hija.

El coche apenas acababa de pasar por el patio del palacio que habitaba el conde de Mendoza en la capital, cuando el jóven Juan, se presentó pálido y con lágrimas, en los brazos de su madre y de su hermana.

¿Que tiene pues? le preguntaron las dos señoras consternadas.

Venid vosotras, respondió, á ver á mi padre que está enfermo de gravedad.

Los médicos no quieren decirle lo que tienen.

La madre y la hija lo habian entendido alguno momentos despues se encontraban cer-

del [illegible].

El conde conoció á su esposa y á su hija y les dió una mano desmayada.

Estoy muy contento de veros dijo, y no pudo hablar mas, la palabra espiró en sus labios.

La condesa dejó los vestidos de viaje, y se puso cerca della cama de su marido q.l no quiso dejarlo mas.

Le administra con el celo digno del mayor elogio todos los cuidados de una tierna afeccion, sobreponiendose por la fé al dolor, procuró despertar en él los sentimientos religiosos, para prepararlo á una muerte feliz.

Como el se debilitase cada vez mas, ella le habló de reconciliarse con Dios y con el conde de Palma.

Sus ruegos serán oidos le respondió, yo estoy apenado de no haberlos escuchados mas pronto.

El señor ha permitido que tristes extravios volviesen á los brazos del pecador orgulloso.

El conde de Palma me habia ofendido, y fuí, por venganza de haberlo acusado á la inquisicion.

Mi propio criado contribuyó á ello, pero no debia de haberme dejado llevar de

semejante sentimientos: como cristiano hubiera debido perdonarle.

¡Ah! cuan feliz seria yo en poder en este momento darle la mano, y pedirle perdon, y estrecharlo entre mis brazos moribundos.

¿Pero donde está ese desgraciado, o está ocultado para librarse della sentencia de muerte pronunciada contra él?

¡Ah! ¡Que desgraciado que soy! Señor tenga misericordia de mi

El conde derramaba copiosas lágrimas que su agonia enjugaba, inspirandole la mas viva confianza en la bondad infinita de Dios. Llama á mi hijo le dijo. „un momento despues. Juan se apresuro precipitadamente junto á su padre.

Hijo mio le dijo: yo te confio un negocio que procurarás arreglar despues de mi muerte.

Y llevó conmigo el dulce pensamiento que tu no abandonarás y que repararás la injusticia que me hago que acusar.

Tu encontrarás en una delas gabetas de mi papelera dos documentos sellados de los cuales el uno está dirijido á la inquisicion. Esta carta es una declaracion autentica en virtud della cual, retiro la acusacion formada anteriormente contra el conde de Palma como culpable della

herejia.

Este Señor esta pues libre, puede ir á Madrid, reclamar sus bienes, su grado, y titulos, cuento con tu celo para reparar mis injusticias hacia con él.

El otro papel es una carta dirijida al mismo conde, y le pido perdon de haberlo perseguido.

Enseguida de mi muerte tu procurarás encontrar al conde, y le entregarás mi carta.

Verá la causa dela mala inteligencia que ha reinado entre nosotros, asi como la trama odiosa que se supone haber sido urdida por él, contra mi para perdonarme.

Yo le perdono todo y le ruego que se restablezca la antigua concordia que existia antes entre nuestras familias.

El conde recibió enseguida los ultimos sacramentos con mucho sentimiento, recomendó a su esposa y á sus niños rogar por el, y juntar á sus lrimornas, bendijo á su familia desconsolada, y espiró bien pronto en los brazos dela condesa.

El difunto tuvo magnificas esequias, toda la nobleza de Madrid asistió alli, para dar una última señal de estimacion, á un hombre generalmente llorado.

Todos tuvieron que admirar la Providencia que había cambiado su corazon y que de un pecador obstinado, había sabido hacer un penitente lleno de humildad.

Tres dias despues Juan fué á buscar á los jueces de la inquisicion para darle la declaracion, de su padre.

La idea de ver al conde de Palma reconciliado le causó una alegria otro tanto mas viva cuanto el rumor corria de los Pirineos-Bajos se habian revolucionados contra España, y que había necesidad de un general hábil para gobernar la guerra.

El conde de Palma era un oficial distinguido, se podia esperar que algun dia podria conseguir una comandancia.

Se trabajaba para descubrirlo, y se ocultó en las montañas de los Pirineos.

A la vuelta de la primavera la condesa y su hija para distraerse del dolor que le había causado la muerte del conde, emprendieron un viaje hacia las comarcas mas pintorescas de España el joven conde quedó solo en Madrid, donde tenia su empleo.

Capítulo VI.

El Duelo del Valle

El verano había ya casi pasado, y los nobles habitantes del castillo no habían regresado aun.

El sol al occidente esparcia su luz en el valle donde Camilo y Alberto estaban sentados bajo la encina protectora de su cabaña disfrutando del fresco dela tarde.

A lo lejos se oia resonar el sonido de las campanas que anunciaba la vispera de la solemne fiesta del apóstol Santiago.

El dia Alberto iba á cumplir diez y seis años, y segun el deseo de su padre debia conocer el misterio de su nacimiento.

Camilo estaba vivamente agitado por un presentimiento secreto.

Temia no ver la vispera de Santiago.

Mas de una vez estuvo á punto de romper el velo que cubria aun el destino de Alberto, pero se decidió á esperar el dia fijado por el conde para revelar á su discípulo los secretos que le interesaban.

El piadoso anciano no tenia miedo á la muerte, su vida habia sido pura, y el domingo se aproximaba á la sagrada mesa para consagrar de nuevo al Señor.

Alberto que notaba la tristeza de su maestro, cojió su bandolin y canto una pieza para distraerlo.

Te doy las gracias, mi joven amigo, le dijo Camilo de tu atencion, procurarás hacerme menos tristes mis pensamientos, pero no lo podrás conseguir.

Siento que te voy á abandonar pronto.

Sin embargo no llores. El eterno que te ha protegido tan visiblemente en esta soledad, tendrá aun cuidado de tí, cuando yo no esté ya.

Te devolverá tu padre, y serás feliz algun dia.

Entonces no olvidarás á Camilo, ¿no es esto? tu rogarás por él.

El puro ensegida su mano trémula sobre él, como para bendecirle.

Alberto se echa en los brazos del anciano y le inundó en lágrimas: el dolor no le permitia pronunciar ni una sola palabra.

Como la frescura dela noche causaba alguna impresion en el anciano, se levanto y dijo al Joven.

Vamonos á acostar hijo mio, cuando oigas mañana el ruido delas campanas resonar en el valle, tu vendras á despertarme, y te contaré el secreto de tu nacimiento para comfirmarme con la voluntad de tu padre, que me ha encargado que te descubra tu origen el dia de la fiesta del gran apóstol Santiago. Oyendo esto ruega á Dios por tu maestro, si el sueño no llega á venir, al punto cierra tus parpados.

Fueron, pues, y se entregaron al repos. Camilo se durmio pronto pero Alberto no podia quedarse dormido, el dolor y la alegria se combatian en su alma.

Una gran parte de la noche habia ya pasado y no se dormia aun.

La luna arrojaba entonces el pálido reflejo de su luz sobre el bajo aposento.

Alberto estaba atento, y creyó oir a Camilo dar profundos suspiros, puesto que se oia una suave voz.

Se aproxima hijo mio, el dia donde el misterio de tu origen va á ser revelado á tu impaciencia, en el que tu conocerás en fin tu destino.

El dia de Santiago ha llegado, y este dia va á fijar tu incertidumbre.

¡Con cuanta impaciencia he esperado este momento!

Que no haya yo antes ver á la piadosa condesa, para saber si su esposo ha perdonado á aquel que creia ser enemigo, ó si persevera todavia en su odio cobarde el pobre conde de Palma.

Otras veces esta señora venia en las primeras semanas dela primavera á habitar su castillo, pero este año no ha venido todavia

¿ Le habrá sucedido alguna desgracia á ella, ó alguno de su familia?

Lo ignoro.

Despues el callo

Alberto se durmió al fin y por largo rato.

Al despertar levantó sus ojos que parecia todavia dormido.

¡ Que feliz soy se decia Alberto de ver á este hombre respetable gozar todavia la dulzura del sueño.!

El joven se levantó y se vistió silenciosamente, y salió para orar delante dela capilla, enseguida se volvió á la cabaña, pero el maestro dormia aun.

Inquieto con este sueño extraordinario se aproximó á la cama del anciano.

Se para, mira, y vió una dulce sonrisa en los labios de su amigo, le toma la

mano; está fria, pone la suya sobre el corazon de su bienhechor; pero este corazon no late ya, el lo llama, y no recibe respuesta; todo esta consumado; ¡Camilo no existe ya! ¡Gran Dios! esclamó Alberto; ¡mi maestro ha muerto!

Y se desmayó á los piés del cuerpo inanime del hombre virtuoso.

Habiendo vuelto en sí, reconoce la gran perdida que acaba de tener, y se estremeció pensando en su porvenir

Ayer aun tenia un amigo, una guia, un apoyo, y ahora he aquí está solo sobre la tierra y abandonado de todo el porvenir.

Se echó sobre el cuerpo de Camilo.

¡O Padre mio! dijo con acento desesperado ¿Porqué me habeis abandonado tan pronto?

¿Porque morir sin revelarme el importante secreto que oculta mi destino?

¿Porque no me habeis anunciado ayer lo que os era conocido?

¡O Dios mio! volvedme la vida para que pueda manifestarme quien es mi padre.

¡Pero vano deseo!

He perdido á Camilo para siempre. ¡O Camilo Camilo!

Alberto ya mas sereno se sentó al lado de su anciano bienhechor; entonces el fijó su mira

da sobre la austera figura del digno amigo de su juventud.

No tengo razon para quejarme así, y de sentir la suerte de mi muy amado maestro. Esta serenidad que brilla sobre sus facciones anuncian que Camilo es mas feliz en la otra vida que en esta, y esta dicha la ha merecido por sus virtudes y su piedad, por su caridad sobre todo.

No quiero murmurar mas contra las disposiciones del Señor, pero la adoro con disimulo.

¡Adios bueno y virtuoso maestro!

Quiera el Señor como vos habeis servido con tanta fidelidad, recompensaros amplia mente en la eternidad el bien que me habeis hecho.

Pero si sois recibido en la mansion delos bienaventurados, rogad tambien por mí, por un pobre huérfano.

Alberto dejó enseguida un libre curso á sus lágrimas, que le desahogaban un poco.

Lloró todo el dia y una gran parte dela noche.

Al dia siguiente socavó una sepultura al pie dela encina, y colocó en ella, por la tarde el cuerpo de su maestro.

Descansad en paz amado amigo, hasta q.e la trompeta evangelica, venga á reanimar vuestro cuerpo: enseguida puso una cruz

de madera sobre la sepultura del hombre amado, y oró largo rato por él.

Después de esta catastrofe; Alberto no encontraba alivio y socorro mas que en Dios.

Se acordó con gusto de los sabios consejos que el difunto le había dado otras veces, comprobó las palabras dichas, en nuestras santas Escrituras, que el que pone su confianza en el Señor no será jamas confundido.

El se acordó haberlo oido decir que poseía un pergamino y otros objetos, que el padre del niño le había confiado para este último.

Vio por todas partes, cavó la tierra, recorrió el bosque, visitó todos los árboles que tenían hueco, pero no encontro nada, lo que le afligió mucho

La muerte de Camillo se supo bien pronto en el valle.

Todo el mundo tomó parte en esto y compadecía al joven que se veía de repente privado de su padre y de su apoyo.

Capitulo VII.

La ultima voluntad.

Algunos días despues de la gran fiesta de Santiago, la condesa de Mendoza y su hija volvieron a su castillo.

El anciano castellano los recibió con una alegria que templó sin embargo la idea de la perdida que habia temido.

Todo el mundo quedará sorprendido de verá aquí nobles señoras, pero sobre todo el carbonero Camilo.

Este desgraciado ha venido muy amenudo á informarse de vuestra llegada, se hubiera dicho que tenia cuidado de vos.

La condesa se sonrié y respondió: Y bien cuando vuelva lo traeré al punto para que le anuncie la feliz nueva del favor que el conde de Palma acaba de obtener.

¿Y el joven estaba con él? preguntó Blanca

Sí, Señorita, el no lo abandona jamas bien lo sabeis.

En ese caso replicó Blanca, iremos mañana temprano á dar un paseito hacia el valle para verlo.

Al otro dia sin embargo que las dos señoras se pasearon por el jardin, oyeron los sonido de un bandolin.

Escucha mamá, exclamo Blanca los ecos de ese instrumento que nos parecen producidos por el bandolin del joven carbonero.

¿Es posible? respondió la condesa, acaso es él, que haya venido con su maestro habiendo sabido nuestra llegada.

Era en efecto Alberto quien entro algunos instantes despues en el jardin.

El se descubrió desde muy lejos cuando apercibió la condesa, y se puso al pié de un arbol con un paquete que llevaba debajo del brazo.

Yo he venido nobles señoras, les dijo dando un profundo suspiro para despedirme.

¿Donde esta vuestro maestro preguntó la condesa?

Camilo mi digno maestro ha muerto.

Y se puso á llorar como si acabara de perder á su bienhechor en el acto.

¡Digno Camilo! exclamó la condesa, has muerto sin saber la buena noticia que iba á anunciarte.

¿Y tu pobre Alberto? ¿cual va á ser su porvenir?

Bien sé que no he nacido para carbonero mi valor me lleva lejos de este valle que he mirado como una prision hasta este dia.

He oido decir que la guerra se habia declarado en Flandes.

Y voy allá á tentar fortuna.

Voy á sentar plaza para combatir la patria y partiré mañana.

¡Ya! respondió la condesa

¿Y porque no es mas tarde?

¿Que me queda que hacer en este pais? Mi ardor me arrastra á los combates. allí está mi elemento.

Adios señoras mias

Sin embargo me queda el deseo de manifestarle, noble condesa, que yo he enterrado á Camilo debajo dela gran encina cerca de nuestra cabaña; una sencilla cruz de madera rodeada de una guirnalda, adorna su sepultura, pero esta cruz no subsistirá por largo largo tiempo, y esta guirnalda se marchitará. yo os ruego pues, para satisfacer la ultima voluntad de mi maestro, de dar nuestra cabaña á una pobre familia del pais, con la condicion, que ha de elevar á Camilo una cruz de piedra; y si alguna vez vuelvo á este valle, regaré la cruz con mis

lagrimas.

La condesa y su hija estaban vivamente conmovidas.

Vuestros llantos me honran nobles damas, replicó Alberto.

Tocante á vos señorita dirigiendose á Blanca permitidme que os ofrezca este bandolin y dignese aceptarlo; él os recordará algunas veces el provenir del pobre carbonero del valle.

¡Adios!

Que el Señor os depare todo el honor que vos merecéis.

Alberto dió el Bandolin á Blanca puso su paquete sobre su brazo, y se marchó con precipitacion.

Capitulo VIII.

La hermita delos Pirineos.

En esta epoca se veia en las alturas de los Pirineos a algunos pasos del camino que conduce á Barcelona en Perpiñan, una humilde cabaña aprovimada á una roca y cubierta de juncos y de musgos.

Se hubiera tomado por la morada de algun animal salvaje, si no se hubiera visto á su entrada una cruz de madera, indicando la vivienda de un hermitaño que habia renunciado el mundo, para entregarse en esta horrorosa soledad á la oracion y á la contemplacion delas verdades eternas.

Un dia se vió salir de allí á un hombre de una arrogante estatura, vestido de un paño burdo: una barba espesa cubria gran

parte de su rostro, sus mejillas estaban pal-
das, su frente sucarda de arrugas prema-
turas, sus ojos enrojecidos por las lagrimas
que habia derramado.

Sin embargo se notaba en el una
nobleza, y una alma muy limpia que
no habia podido abatir, los mas grandes
reveses.

El fué á postrarse al pié dela cruz, y
dirijio una fervorosa oracion al Señor, pi-
diendole que conservara su gracia y su fé.

Enseguida fué á sentarse sobre un
pedrusco de piedra berroqueña, colocada
á la entrada de su cabaña, y sus mi-
radas se dirijian á España

Allí dijo él, delante, bajo cipreses
la digna esposa que habia adornado por
sus virtudes la primavera de mi vida.

¿Pero donde encontraré yo el tesoro de mi
amor paternal?

Ignoro poder espedir que habite todavia
en Salamanca.

He aquí doce años que vivo desterra
do, y seis que habito esta comarca, y desde
este tiempo no he sabido nada de mi hijo
y de su digno maestro.

Mi adversario es muy poderoso en la
corte de Madrid.

¿No podré nunca ir á los valles de mi patria?

¡O cruel existencia! ¡O Dios mio! sostenedme en este valle de lágrimas, y haced que pronto vuelva á encontrar la paz y la felicidad que busco desde tan largo tiempo.

Sin embargo hágase vuestra voluntad, y no la mia.

Así habló el conde de Palma en la hermita delos Pirineos, y sacó de su bolsillo un pedazo de pan con algunos higos que comió con mucho apetito, era el único recurso que le quedaba aun.

Desde su permanencia en esta montaña el habia podido reponer cada mes su pequeña provision de víveres, comprandoselos á unos acemileros que pasaban por el camino, y que hacian el comercio de una multitud de cosas entre Francia y España; pero una vez en la época dela travesia, habia llegado sin que los acemileros lo viesen.

El hermitaño viendose, pues en el punto de ser reducido, á no comer mas que algunas raices ó frutas silvajes, tuvo algunos temores sobre su porvenir.

—Ni podia resolverse á ir á España, ni á Francia con el temor de esponerse, cuando al punto le pareció oir la voz de algunas personas que trepaban la montaña. Se levantó, y dió algunos pasos hácia delante para informarse delo que aquello podia ser;

y conoció en efecto los acemileros que llegaban de Barcelona.

Fuese hácia ellos los invitó á que descansasen algunos momentos delante de su cabaña

Aceptaron su deseo, y le entregaron las provisiones que habian traido para él; y entablaron una conversacion muy animada.

El gefe delos acemileros fué á buscar algunas botellas de Málaga.

Padre mio, dijo al hermitaño. He aquí viño del cual desde mucho tiempo no habeis probado, ¿gustais?

La pequeña reunion alegre con el viño se divertia, hablando ya de una cosas ya de otras, cuando el hermitaño preguntó noticias del conde de Mendoza, y del conde de Palma, pues desde largos años no se habia oido hablar.

El conde de Mendoza ha muerto, respondió uno delos acemileros, y corre el rumor que algunas horas antes de su muerte ha perdonado al conde de Palma.

La inquisicion ha reconocido inocente á este último, y se está haciendo por todas partes averiguaciones para descubrir su paradero y enviarlo á Holanda para ponerse á la cabeza del ejército español contra los rebeldes.

Se ha prometido una recompensa al que encontrase el retiro de este hombre.

Tomad este papel, y leedlo, y veréis que no os engaño; y le dió un papel que el hermitaño lo leyó con ansia.

El escrito contenia la real orden siguiente: "El Rey de España visto el decreto del tribunal supremo dela inquisicion de Madrid, declarando no culpable al conde de Palma en materia de herejia, ofrece su gracia y su amistad á este noble señor, y le convida á tomar los grados y funciones que ocupaba antes de su desgracia, para ir á castigar los rebeldes delos Paises-Bajos."

"Su amor á su principe y á su patria, es bastante notoria, para que no se dude al instante de su celo en corresponder al llamamiento que se le ha hecho en una circunstancia tan urgente."

Esta noticia hizo una impresion sobre el hermitaño, que dejó caer el papel de sus manos, y despues se arrojó á los piés dela cruz.

Oró allí por espacio de algun tiempo con gran sorpresa de los acemileros, que dijo para retirarse á su cabaña.

Pronto apareció con el brillante uniforme de general, llevando varias hermosas condecoraciones.

Amigos mios les dijo: yo soy el conde de Palma.

No se puede concebir, pero ni pintar el asombro de los acemileros.

Los unos se precipitaron á sus pies, los otros le pidieron perdon de haberle faltado por su demasiada familiaridad; pero el los tranquilizo, y le dió su mano para que la besasen, y les dijo.

Poned término á vuestra generosidad y prestadme uno de vuestros caballos, para que yo me pueda ir al instante á donde me llama el rey y la patria.

Yo quiero olvidar lo pasado y obedecer sin detencion.

Podreis ir á recoger este animal á mi castillo de Toledo, donde os recompensaré todo el bien que me habeis hecho.

El conde apenas habia acabado de hablar cuando cada uno se daba prisa á entregarle su caballo.

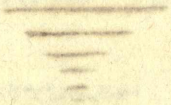
Escogió el mas hermoso de estos animales, y montó con precipitacion, y haciendo sus saludos afectuosos á estos hombres honrados, los abandonó, y se dirijió hacia Madrid.

Hubiera querido ir inmediatamente á Salamanca para ver á su hijo, pero el deseo de presentarse al rey, lo mas pronto

posible, le hizo abandonar este proyecto, esperando llamar á su hijo cerca de él en la ciudad donde se detuviera momentaneamente.

Llegado á Zaragoza envió un mensajero al rey con una carta para darle las gracias por el favor que le había hecho, y decirle que estaba pronto á ejecutar sus órdenes.

Fué recibido por todas partes con un entusiasmo difícil de describir; el pueblo manifestó la mas viva alegria de volverlo á ver.



Capítulo IX.

Un acontecimiento en el bosque de Toledo.

El conde de Palma despues de haber tenido una audiencia con el Rey conferenció largo rato sobre el estado de los partidos de Flandes, y sobre las medidas mas eficaces para terminar prontamente el levantamiento que se habia encendido, hizo todas las preparaciones para su próximo viaje; pero antes de abandonar la España quiso ver á el hijo que habia sido con tanta eficacia recomendado á su amigo el Profesor de Salamanca.

Escribió pues, á este último, pero le contestaron que el profesor habia desaparecido desde largo tiempo de esta ciudad sin que se supiese que se habia hecho de él.

Esta noticia fué un rayo de fuego p.ª el corazon del pobre padre. No pudiendo apesar de los medios que puso para descubrir el

lugar oculto de su amigo, y de su hijo que le habia confiado, se decidió á partir: queriendo sin embargo ir antes de todo á la tumba de su esposa, cuyo recuerdo estaba siempre tan vivo en su corazon, como el dia, en que habia tenido la desgracia de perderla.

Abandonó una tarde su castillo de Toledo no queriendo ir acompañado de ningun criado, y se dirijió despacio hacia el cementerio, donde su amada esposa reposaba.

Allí se arrodilló sobre la tumba, que no dejaba de bañar, oró largo tiempo, mezclando en un mismo amor la esposa y al hijo, elevó al cielo sus ruegos por los dos seres queridos que creia para siempre perdidos.

Despues de haber orado sobre la tumba de su esposa, el conde fué á visitar la capilla erijida sobre un otero en medio del cementerio y donde todas las mañanas un religioso dela órden de Sto Domingo de Toledo venia á decir la misa por el descanso delas almas delos fieles que allí estaban enterrados.

Aquí oró por algun tiempo y encomendo á Dios la espedicion que iba á emprender pidiendole derramase sus bendiciones sobre sus armas y concederle su asistencia para triunfar delos enemigos del príncipe y

la patria.

Entretanto la noche se estendia sobre la tierra, y cubria con su sombra los cipreses y los monumentos fúnebres, y las modestas cruces que adornaban este triste recinto.

La brisa dela noche agitaba blandamente los arbustos plantados sobre las tumbas, y se hubiera dicho que cada rama exhalaba un suspiro y llamaba á la persona, cuya última morada cubria con su sombra.

El conde no puso atencion, que á dos pasos de él en el pórtico dela capilla estaba sentado un jóven que sin duda acababa de pedir en este asilo un abrigo para la intemperie dela noche.

Acabada de terminar su oracion y levantandose un poco consolado para volverse á Toledo, cuando oyó un vigoroso silvido.

Sin apresurarse continuó su camino; pero se vió al instante rodeado de cuatro hombres robustos.

Uno de ellos se aproximó á él ¡Señor! le dijo somos gentiles hombres franceses por diferentes circunstancias han sido obligados de abandonar esta provincia, gentes honradas, pero pobres como los ratones dela Yglesia.

Nosotros no hacemos daño á nadie.

Vos tenéis una hermosa capa sobre sus hombros ¿ si vos nos la dieseis ?

Uno de mis camaradas ha contraido un fuerte catarro, el otro dia pasando un rio tenia necesidad de cubrirse.

Mi capa no me la quitaré sobre todo en este momento, respondió el conde.

Sin embargo como lo pretendais sois pobres y honrados, voy á daros algunas piézas de oro, si os movieseis yo os atravesaré con mi espada.

Vente, esclamó otro que desvergüenza uno solo contra cuatro ¡ trata de atravesarnos con su espada !

No tan pronto se hacen las cosas.

Nosotros tendremos pronto la capa y la bolsa sin vuestro permiso.

Al punto dando gritos despavoridos se pusieron en actitud de obtener por la fuerza, lo que el conde rehusaba darle.

Este noble señor viendose así atacado, por cuatro bandidos y no pudiendo huir, se coloca contra uno delos monumentos fúnebres para defenderse mejor.

El golpe de su espada lo preparó para atravesar al primero que le hiciera violencia.

Al mismo tiempo el joven ocultado debajo del pórtico dela capilla, corrió gritando.

No tengais ningun temor vos Señor seréis socorrido, y nosotros daremos fin de estos faci-

nerosa.

Diciendo esto disparó sobre la espalda del gefe de los bandidos un golpe tan violento con el palo que tenia en la mano que lo tiró á tierra.

Al instante dió gritos como para llamar á sus camaradas en su socorro.

Los malvados espantados creyendose en efecto en el punto de ser atacados se pusieron en fuga y abandonaron á su capitan, tendido en tierra sin conocimiento.

El conde habia herido en el brazo á uno de los bandidos que queria llevarse su capa.

Rogó á su joven libertador que no persiguiese á estos malvados esperando que ellos serian presos por la justicia.

Viendose asi libre del peligro que habia corrido, se volvió á la capilla para dar gracias al Señor de haberlo protegido.

Detrás de él se arrodilló tambien el joven dando gracias á Dios de haberse señalado salvando la vida á un inocente.

Despues de su oracion se levanta el conde y da la mano al joven que lo habia salvado.

¿Quien eres tu valiente joven que acabas de exponer tu vida por mí?

¿Cual es tu nombre? En que provincia has nacido?

¿En que te ocupas?

Yo deseo saber todo eso afin de recompensarte dignamente el beneficio que me has hecho.

No he hecho por vos, señor mas que lo que la religion y la humanidad exigen que hiciera por mi progimo.

Vengo delas montañas de Valencia donde fuí educado entre los carboneros, no conocia á mis padres.

Todo lo que poseo en el mundo esta contenido en este paquete que vos veis; me llamo Alberto, yo tengo valor, y una buena conciencia

¿Y que vas á hacer? ¿Cual es tu plan de vida?

Yo sentia demasiado la soledad delas montañas, donde fuí educado, y no creyendome nacido para ser carbonero, he tomado el partido de tentar la fortuna de otra manera.

Los vecinos del valle me hablaron de una expedicion que el rey iba á emprender contra los Holandeses, y resolví, despues dela muerte de mi anciano maestro, entrar en un regimiento p.ª distinguirme en él, por mi valor, ó encontrar una muerte gloriosa

Tu me agradas, bravo y honrado joven. Toma esta sortija como un recuerdo dela asistencia que me has prestado esta noche contra esos infames bandidos, y ví mañana á verme, á mi castillo de Toledo, y cuidaré

de ti.

Y le puso en el dedo una hermosa sortija de oro enriquecida con un rico diamante.

Alberto no replicó á este acto de generosidad, sino con nuevas protestas de obsequio á la persona del noble señor, cuyo nombre no conocia.

Iba alejarse cuando se apercibió que aquel que acababa de salvar la vida no le había dicho como se llamaba, volvió pues, á él y notó que el noble Señor, era el mismo conde de Palma, por quien el buen Camilo se había interesado en otro tiempo tan vivamente.

Alberto no procuró en este momento levantar el velo del misterio, ni conocer el motivo de esta amistad que su difunto maestro había profesado anteriormente al conde.

Ocupado de los sentimientos de alegria que esperimentaba por haber salvado la vida á uno de sus hermanos, y salió del cercado del cementerio, y siguió el camino para Toledo.

Al instante sintió una cosa dentro de su bolsillo.

Mete la mano y se encuentra con un bolso bien lleno. que el conde había metido sin que lo apercibiera.

Este descubrimiento le enterneció hasta

derramar lágrimas

Provisto con este socorro, pudo confiar en el porvenir, proveerse, y servir con mas desahogo en el ejército español.

Capitulo X.

El Abanderado.

Mientras que el conde de Palma se ocupaba de los preparativos de su marcha, daba órdenes pasaba revista á las tropas que debia conducir á la guerra, se le presentó un joven hidalgo que era el abanderado de uno de los regimientos, y le pidió audiencia.

Se la dió al punto. Yo soy un joven guerrero, el hijo del conde de Mendoza vuestro implacable enemigo, y debo antes de Marchar para Holanda, satisfacer un deber sagrado, que mi padre al morir me ha ordenado cumplir lo mas pronto posible.

Despues de algunos meses yo esperaba con una viva impaciencia, el feliz dia donde podia ser admitido en vuestra presencia, y daros á conocer las últimas voluntades de mi padre.

Antes de entregar su alma á Dios se reconcilió

con vos.

Y me encargó de ir á veros despues de su vuelta, y de daros la mano en señal della amistad que os tenia.

Os ruega de olvidar lo pasado y de restablecer la antigua correspondencia que existia antes entre las dos familias: sobre su tumba es donde nosotros debemos jurar una amistad eterna.

En estas palabras, el joven conde dió la mano á su general que vivamente commovido dello que acababa de oir, tomó la mano del hijo de su antiguo adversario, y la apretó contra su corazon.

El joven de Mendoza, le remitio un papel que contenia todo aquello que habia servido para enardecer anteriormente el odio de su padre contra el conde de Palma.

Este quiso retener al joven abandonado, pero sobre las obervaciones que este último le hizo, diciendole que aquel mismo dia iba partir su regimiento, y lo dejo marchar diciendole:

Nosotros nos encontraremos en Flolanda, y despues dela guerra, cumpliremos los deseos de nuestro padre, que ha llegado á ser los mios.

Despues dela partida del joven conde de Mendoza, el conde de Palma abrió el papel que que le habia sido entregado, y lo leyo:

" Sr Conde de Palma "

Cuando recibais este papel yo reposaré hace largo tiempo en la tierra.

Vos podeis por consiguiente dar entera fé á lo que este contiene, estando apoyado sobre la pura verdad.

No ignorais que nuestros antepasados vivian en guerra declarada en sí, y que nuestras dos familias, permanecieron divididas durante mucho tiempo, sin embargo jamas me hubiera venido el pensamiento el perseguiros, si un dia uno de vuestros criados, llamado Cesario, no me hubiese buscado para decirme bajo juramento que habiais formado el proyecto de asesinarme, porque mi gloria os ofuscaba.

Esta noticia encendió en mi corazon el furor dela venganza como un desesperado, fuí á ver á muchos de mis amigos para entenderme con ellos, sobre el modo de perderos.

Cuando Cesario volvió y me dijo; he entendido que vos no sabeis que partido tomar para desembarazaros del conde de Palma.

¿ No teneis la inquisicion? acusadle de que tiene un comercio secreto con algunos genios ocultos del reino.

Acriminadle de que visita con frecuencia durante la noche la Catedral de Toledo

de hacer muchas limosnas á los pobres, de hablar contra la pena de muerte á que condena la inquisicion, á hacer entender que procura levantar el pueblo contra el monarca.

He aquí las razones plausibles para perderlo, y de esta manera desembarazarnos de este hombre, sin poner vos las manos en él, pero escuchadme hasta el fin.

Inspirando yo estos pensamientos me expongo á morir de hambre, y no quereis exigir de mí sobre todo en mi edad que vaya á mendigar de puerta en puerta.

Vos, pues, cuidareis de mi hacienda que me adjudique una parte delos bienes del Conde, yo iré entonces á un monasterio á orar por él y por vos.

Y bien conde de Palma, tuve la debilidad de dar oidos á estas horribles sugestiones de que vos sabeis el resultado.

Habia sido bastante feliz en poder evitar la muerte por una pronta fuga.

Os pido perdon de haber obrado de esta manera con vos, no maldigais mi memoria: sino olvidad todo por que sois discípulo de aquel que desde lo alto dela cruz pidió perdon para sus enemigos, en prueba de perdon id á mi sepultura con mi hijo y renovad allí una alianza que

nada podrá turbarla afin que podamos un dia hallar la misericordia, los dos ante el trono del Eterno.

La mano del Conde temblaba como un azogado leyendo estas líneas.

Descubrio la infernal maquinacion de su criado de aquel mismo en quien habia puesto toda su confianza.

Pocó al punto su campanilla, y mandó que se le trajese á Cesario.

Le buscó por todas partes á este malvado, pero no se le halló, pareció que habiendo visto entrar al hijo del conde de Mendoza en el palacio de su amo, habia tomado la fuga para sustraerse del castigo que habia de haber merecido.

Mientras que el conde estaba poseido dela agitacion que el descubrimiento dela infame calumnia de Cesario habia producido en él, se le anunció que se habia presentado un joven llamado Alberto que deseaba verlo.

Que entre respondio, al menos este no es un traidor.

Alberto entró, el conde le dió la mano tu me has salvado la vida valiente joven, le dijo, es justo que me ocupe en tus cosas.

Yo no puedo ocultartelo, me he arrepentido de no haberte declarado ayer noche que

desearia verte á mi lado combatir contra los enemigos de mi patria, si esto te conviniese.

Dime, pues, si persistes en la resolucion que manifestastes de sentar plaza en un regimiento.

Sí, mi general, sigo con mi proyecto, y mi mas grande felicidad será combatir al lado de vos, y aprender á luchar en la guerra bajo un gefe tal como vuestra Escelencia.

La figura del conde se emplayó á estas palabras.

Echó una mirada de bondad indecible sobre el joven, y en este momento anotto su corazon un vivo deseo de que el hijo que habia confiado en otro tiempo á su anciano amigo fuese parecido á este.

Bien te respondio, puesto que quieres ser el compañero de mis peligros, yo me encargo de tí, el que ha sabido offender á un desconocido contra los ladrones, sabrá tambien manifestar su valor en el campo de batalla.

Te nombro alferez del regimiento que lleva mi nombre.

Tu combatirás siempre cerca de mí.

Esto es hacer mucho honor á un pobre carbonero, respondio Alberto.

Procuraré hacerme digno de la confianza

que vos me manifestais.

Mientras llega el momento de partir tu habitarás en mi palacio, y serás tratado como uno delos mios.

Alberto cubrió de besos la mano de su generoso bienhechor.

Y fué á habitar una pieza en el palacio mismo del conde.

Este hizo al punto llamar un sastre á quien encargó equipar al joven alferez.

Y cuando él lo vió por primera vez con su brillante uniforme, lo tomó delamano, y lo presentó á los oficiales de su regimiento, que admiraron su gallardo talle, y agraciado rostro.

Algunos dias despues partió para Holanda con una division de tropas.

Alberto lo acompañó pero antes de partir este último fué á rezar sus oraciones á la catedral de Toledo, y se puso bajo la proteccion especial de la Santísima Virgen.

Capitulo XI.

La Guerra.

El conde de Palma acordó con otros varios generales, dar principio á la guerra con un vigor extraordinario, tomó ciudades, en las cuales puso guarnicion española, y se distinguio por todas partes tanto por su valor como por su clemencia, uniendo los deberes del mando con los dela humanidad hacia los vencidos.

Cada dia era necesario dar algunas batallas, reponerse de los ataques, defender el territorio, volver á tomar una posicion y esto fué como casi siempre ya unos ya otros los vencidos.

El joven Alberto habia mostrado cien veces su ardiente valor, lo que le valio los elogios de sus oficiales; pero un dia debió coronar sus hazañas con una accion heroica.

Los Holandeses se confiaron en sus fuerzas bastantes superiores, á las cuales los Españoles podian prepararse para el ataque de una ciudad, hicieron un dia una salida por la mañana tan vigorosa y tan bien combinada que arrollaron á las guardias avanzadas delos sitiadores y penetraron hasta su campo.

Todos se replegaron delante de su impetuosidad, y el terror de este brusco ataque cundió en las filas españolas, fué tal que se defendió flojamente.

Los Holandeses aprovechandose de su ventaja se estendieron hasta la tienda del conde de Palma.

Este se habia acostado muy tarde, y apenas acababa de quedar un poco de reposo, cuando despertó sobresaltado por los gritos que daban los que asaltaban.

Vestido de su uniforme salió de su tienda reunió alrededor de sí algunos valientes para resistir el ataque delos enemigos, que se batian como leones.

Pero no fué bien secundado que se vió en el punto de ser prisionero ó muerto por los Holandeses.

La vista del peligro de su general reanimó el valor delos españoles ¿ Pero que podian hacer ellos que estaban uno contra

veinte?

Al punto llega una compañía del regimiento en la cual servía el valiente Alberto.

Este había confiado su bandera á uno de sus camaradas, y armado de una maza se abalanzó sobre los Holandeses, gritando ¡Salvemos al General!

Conmigo amigos mios.

Se lanza como un rayo sobre los enemigos, trastorna con su terrible maza todo lo que encuentra, y saca al General, da á los españoles tiempo de reunirse y reponerse de su sorpresa, despues aprovechandose á su vez del terror que su indomable valor había puesto á sus enemigos, se precipita sobre un batallon y secundado por los suyos le ponen de rota, lo persigue, y lo obliga á entrar desordenadamente en la ciudad.

Recorrió enseguida el campo, y con audacia que se aumentaba cada vez mas, llego á arrollar á todos los Holandeses que se encontraba á su paso, dejando una porción de muertos y de heridos.

Despues de este brillante hecho de armas no hubo mas que un grito en todo el campo.

Alberto fué proclamado el heroe del

del dia, el salvador dela division á que él pertenecia, se le comparó con Hércules, y lo exaltaron hastas las nubes.

El conde de Palma se conmovio hasta el punto de derramar lágrimas, fué al otro dia con varios oficiales á la tienda de Alberto y le dijo.

Vengo mi amado amigo á premiarte la bella accion que habeis hecho el dia de ayer.

Sois quien ha salvado el honor del nombre Español.

El que ha preservado durante la derrota, esta division del ejercito, el que me ha arrancado á mi mismo dela cautividad en que me iban á sumir mis enemigos, tal vez aun dela muerte, que hubiera encontrado combatiendo.

Os debo la vida dos veces, porque estos señores presentes no dejarán de saber con interés el socorro que vos me distéis otra vez defendiendome en el cementerio de Toledo contra unos ladrones armados.

Recibid de mi mano este nombramiento de capitan que os entrego en nombre del rey, para recompensaros vuestro valor.

Tomad tambien esta espada que yo

no podría confiar á un brazo mas valiente.

Alberto recibió estos objetos en medio de las felicitaciones delos oficiales que le estrecharon en sus brazos á ejemplo del conde de Palma; despues delo cual este replicó.

Vos habeis opuesto ayer valiente capitan, vuestro pecho á los tiros del enemigo, que es justo que sea condecorado pues lo requiere vuestro noble valor, con la insignia que debe recordaros.

Os confiero, pues, en nombre del muy vuestro soberano, la cruz de Yanciego.

Llevadla por mucho tiempo, para el bien dela nacion, que se enorgullece de ver á un jóven entrar de una manera tan distinguida en la brillante carrera delas armas.

Alberto no podia resistir los sentimientos que agitaba su alma; se arrojó, llorando á los brazos del conde.

¡Pobre Camilo! esclamó ¡Vos que me habeis servido de padre! ¡Que no estuvieseis aquí para gozar dela dicha de vuestro discípulo!

¡Que no pudiese yo estrecharos contra mi corazon que vos formasteis con tanta sabiduria en los principios que aseguran ahora mi felicidad!

Que el Señor os recompense en el cielo

todo aquello que habeis hecho por mi.

El conde de Palma conmovido á la vista de esta piedad filial, pensó entonces en su hijo que creia perdido para siempre, y tuvo que reprimir sus sollozos.

Al mismo punto se anunció la llegada de un oficial portador de despachos.

El conde mandó que entrase al punto.

¿ Sois vos el capitan Mendoza? esclamó,

¿ Que nos traeis de nuevo?

La órden de una tregua de seis años que se acaba de estipular.

Quedarán las guarniciones en las ciudades conquistadas.

Lo demas del ejercito volverá á España

Esta noticia se estendió por todas partes con rapidez; pero las miradas del joven Mendoza cayeron al punto sobre Alberto.

¡ Cielos, esclamó que veo yo!

¿ Es este ciertamente el jóven carbonero del valle?

¡ Perdonad mi precipitacion! pero.....

Alberto se arrojó á los brazos de su antiguo amigo: diciendo.

No hay en esto necesidad de perdon, yo soy siempre el carbonero de Valencia) nombre que me recuerda los felices momentos de mi infancia.

Estoy sorprendido de volveros á ver amado conde.

He oido hablar de vuestra valentia en campo de batalla.

La condecoración que lucis en vuestro pecho, me prueba que os habeis distinguido en esta guerra.

Ahora, pues, renovemos nuestra antigua amistad, y vamos á visitar nuestros campos y el castillo de mi padre, para descansar allí de nuestras fatigas.

Vos haréis bien amigo mio, respondió el conde de Palma.

Yo me uniré pronto con vosotros, é iré á ver á la condesa de Mendoza para jurar sobre la tumba de su difunto esposo, amistad y eterna paz, á una familia tan estimable.

¡Que no tuviera en este país un ser por el cual mi corazon suspira desde mucho tiempo!

Algunos dias despues los dos oficiales partieron para España.

¡O como el corazon de Alberto latia con violencia, cuando se aproximó, á el valle donde habia pasado en tranquilidad é inocencia su infancia y los dias de su desgracia.

Iba, pues, á ver la sepultura de su

antiguo maestro, las rocas y los árboles de la soledad, y á la noble condesa de Mendoza y su hija Blanca en fin todo lo que el amaba.

La esperanza lo sostuvo durante el viaje, y no pensaba mas que en los objetos que iba á ver, y así no podia comprender él mismo como, habiendo salido tan pobre de esta comarca volvia con el grado de capitan y condecorado con la cruz de Santiago.

Capitulo XII.

La vuelta feliz.

Era esto en una delas mas hermosas noches de otoño.

El antiguo castillo habitado por la condesa de Mendoza y su hija, estaba abandonado desde la partida de una familia que habia allí para pasar algunas semanas.

La joven Blanca cubierta con una ligera mantilla, salía dela torre para hacer sus oraciones en una pequeña capilla situada algunos pasos de allí, y á la cual conducia con una hermosa calle de acacias.

Llegó sola entró en el santuario, y oró por la feliz vuelta de su hermano.

Con estas súplicas se mezclaron tambien algunas memorias del jóven carbonero de que

conservaba algun recuerdo.

Al salir de la cazilla, entró en el jardin é hizo un hermoso ramo de flores, diciendo.

¿Que no pudiera yo bella flores hacer de vosotras una corona para mi hermano?

¡Ah! ojalá que volviese pronto mi amable Juan. Pudiese.....

Pero ella se detuvo y no dijo mas por temor de descubrirse.

Mientras que pensaba entregada á una porcion de pensamientos, su madre vino á encontrarla.

¡Blanca! mi amada hija, dijo la condesa tengo que comunicarte buenas noticias.

Acabo de recibir una carta de tu hermano, se ha fijado una tregua de seis años segun me dice, y va á recibir una licencia que pasara aquí.

¡O que feliz, soy de volverlo á ver!

Se me hace tarde estrecharlo contra mi corazon.

Bendito sea Dios mio, respondió la hermosa Blanca.

Ojalá que esta tregua se convierta en paz.

Se habla de un joven capitan que debe venir con él, y cuya presencia nos debe ser muy grata.

¡Que venga pronto!

Blanca fué á sentarse cerca de una ventana del salon tomó el bandolin que Alberto le habia dejado en otro tiempo á su partida, y despues de un corto intervalo, se puso á cantar con aire nacional acompañandose con el instrumento, cuyos sonidos resonaban en el salon.

Despues dejó el Bandolin, y se fué con su madre.

Un cuarto de hora despues se presentaron en la puerta del castillo, dos jovenes oficiales pidiendo hospitalidad.

El castellano que fué llamado, los miró y esclamó al punto; ¡Dios mio!

¡Es nuestro joven señor el conde Juan!

¡Gracias sean dadas al cielo!

¡Que felices que van á ser nuestra madre!

Y se dispuso á ir á anunciar esta nueva á la condesa pero Don Juan lo detuvo queriendo el mismo llevar el anuncio de su llegada.

Subió pues con Alberto al primer piso, atravesó el salon, donde quedó Alberto, y el solo fué á la puerta del aposento de su madre.

Esta no respondió, pero Juan abrió, y se echó en los brazos de la noble señora, Blanca que estaba presente, dió gritos de Alegria.

La felicidad que experimentaron esta madre y este hermano, y esta hermana, volviendose á ver fué inesplicable, y nosotros no trataremos de describirla.

Al punto se oyó resonar los ecos del bandolin que Blanca había dejado en el salon.

¿Que es eso que suena? dijo la jóven señorita, poniendo el oido atento, cuando ella distinguió sonidos melodiosos, tales como los producia anteriormente los dedos hábiles de Alberto.

¡Es el! esclamó ella ¡es el jóven carbonero.

Y ella se precipitó hacia la puerta; pero ella retrocedió un paso, viendo á un oficial con uniforme de capitan, y llevando sobre el pecho la condecoracion de la orden de Santiago.

Juan se sonrió á la vista de este engaño, y tomando una bujia fué á ponerse al lado de Alberto, para alumbrar su rostro.

¡El es! ¡es el! dijo la condesa saludandolo como un antiguo conocido; pero tomando al punto otro tono, dió las gracias al capitan por el honor que le hacia de volver á su castillo.

¿Y que? noble señora, esclamó Alberto; ¿vos

me tratáis con etiqueta?

¡Ah! yo soy siempre como antes el joven carbonero del valle.

La condesa le dió la mano.

Puesto que no quereis que se le nombre señor capitan, voy á daros otro título que os conviene mas.

Yo tengo el honor de ofrecer mis primeros homenajes al joven conde Lorenzo de Palma, hijo del ilustre general que con tanto valor ha defendido su patria.

Alberto pareció como herido de un rayo, oyendo esta calificacion, y tomando eso como por galantería, rogó á la señora moderase, pero esta fué á abrir un armario ~~un armario~~, y sacó un rollo de pergamino que se lo presentó para que lo leyese mientras que Blanca trucó tambien las alhajas que ella presentó sobre una mesa.

Alberto leyó el pergamino, y le costó trabajo creer á sus ojos

¿Es pues verdad? exclamo ¿esto no es un sueño?

Soy el hijo del hombre que mi corazon me ha inspirado tanto amarle.

¡O dia feliz en el que al fin tengo la dicha de conocer al que debo la vida!

Si hubiera podido dudar entre mil al conde de Palma es aquien hubiera

encojido.

¡Que no pudiese en este mismo instante arrojarme á sus brazos! y decirle ¡Padre mio he aqui vuestro hijo?!

Despues levantó una mirada hácia el cielo, derramando lágrimas.

¡Gracias mil veces bendito Dios mio de haber vuelto un hijo á un padre desconsolado!

¿Pero decidme condesa de Mendoza como ha llegado á vos estos documentos?

Os explicaré todo eso.

Esperando, entreguemonos á la alegria. Nosotros vamos á celebrar una pequeña fiesta por este feliz descubrimiento.

Durante la comida que siguió á este reconocimiento, la condesa sentada entre Alberto y su hijo, contó que un carbonero á quien ella habia dado la cabaña habitada en otro tiempo por Camilo y Alberto, habia venido un dia á traerle el pergamino y las alhajas que habia encontrado en el hueco de una encina que acababa de derribar.

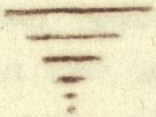
Camilo lo habia ocultado allí para preservarlo delas investigaciones de sus enemigos.

No podré bendecir á la Divina Providencia como merece de haber conducido,

así todas las cosas, pero debo hacer todos los esfuerzos para encontrar lo mas pronto posible á mi padre.

Es una necesidad de mi corazon volverlo á ver ántes de sacarlo de toda inquietud.

Todo el mundo aplaudió esta resolucion.



Capitulo XIII.

El Padre afortunado.

Alberto partió al otro dia al apuntar la aurora para ir á visitar la sepultura de su antiguo maestro Camilo.

Llegado á la tumba, se arrodilla, y oró largo tiempo por el reposo del alma de su bienhechor.

Entró enseguida á la cabaña, habitada por un pobre carbonero y su esposa, en aquella cabaña tan amada donde había sido educado en otro tiempo, saludó á los nuevos habitantes, y se estuvo algun tiempo con ellos, y supo que un hidalgo montado sobre un hermoso caballo ricamente enjaezado había llegado la víspera al valle, seguido de un criado, y que había tomado las señas de un antiguo profesor de Salamanca y de un jóven que debian haberse retirado algunos años, que habiendo sabido la ida del

uno, y la muerte del otro, había manifestado mucha ingenuidad, y aun había llorado sobre la tumba del profesor.

¿Y á donde se ha retirado este hombre? preguntó Alberto con zozobra.

El tomó el camino del valle por la parte del norte, respondió el carbonero, y no debe estar lejos de aquí

Si quereis yo iré á llevaros para descubrirlo.

Marchemos al punto sin perder un instante, y marcharon.

Atravesaron con rapidez una montaña muy elevada y bajaron al valle hacia el norte, informandose en todas partes del hidalgo pero nada pudieron saber.

Al fin hacia la tarde llegaron á una aldea, y se fueron á la posada pª pasar allí la noche.

Alberto vió al entrar un hombre cubierto con una capa blanca sentado en una mesa con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano, y como entregado á una profunda reflexion.

Se fué derecho á el, le preguntó y reconoció á su antiguo general, á su querido Padre.

¡Conde de Palma! esclamó, echandose en sus brazos.

Entregaos á la alegria, el cielo ha oido vuestras suplicas, y las mias.

El que veis delante de vos es vuestro hijo Lorenzo aquel mismo que.....

El conde se levantó como un hombre que sale de un sueño; y reconió al joven capitan que dos veces le habia salvado la vida

Aquí seria necesario dejar la pluma por ser imposible pintar con bellos colores el enagenamiento de estos dos seres; que se encontraban despues de haberse visto y amado sin conocerse, y se reunian enfin despues de una larga y cruel separacion.

El posadero y todos los otros que estaban presentes á esta escena interesante no sabian que pensar al ver la alegria que manifestaban el general y el capitan; sus lagrimas se mezclaron con las de estos dos guerreros, y el posadero los felicito de la dicha que esperimentaban.

Despues de los primeros momentos de desahogo. su padre y el hijo comieron juntos, y se entregaron al reposo: habia mucho tiempo que no pasaban noche mas tranquila.

Al otro dia volvieron al valle del carbonero, y visitaron la sepultura de Camilo.

El conde de Palma se arrodillo sobre el verde cesped. tu reposas aqui, en paz mi antiguo amigo, dijo sollozando.

¡Que han cumplido fielmente el encargo que te había confiado!

¿Que no pudiera yo testificarte mi reconocimiento?

Pero tu tienes ya la recompensa en el cielo, y jamas el recuerdo de tu amistad no se borrará de mi memoria.

Adios, pues. Alfonso de Arias. Adios amado amigo mio, aun jalá que podamos volvernos á ver en un mundo mas feliz donde no nos separaremos jamas.

El conde se levantó enjugó sus lagrimas, y enseguida entro en la cabaña donde se había criado su hijo, y donde este le contó algunos rasgos de su infancia.

Aceptaron algun refresco que le presentaron el carbonero y su esposa, y despues de haberles pagado generosamente, se salieron.

Volvieron á pasar la montaña para ir á visitar á la familia de Mendoza.

La condesa estaba sentada en el balcon con su hija, cuando el guarda del castillo, hizo señal con su corneta, y anunció la llegada del General y de su hijo.

La condesa y su hija bajaron al punto para recibir á los nobles forasteros que llegaban.

Este es el joven conde Lorenzo de Palma

exclamó Blanca, y viene acompañado de un anciano que tiene insignias de General.

¡ Si será su padre ! ¡su felicidad!

Este anuncio hizo apresurar el paso á la señora.

Bien pronto se hallaron en el patio y reconocieron, en efecto al conde de Palma y á su hijo.

Brillaban las lágrimas en los ojos de todos, y hubo una especie de silencio religioso. hasta que los nobles personajes se desahogaron.

La condesa confusa por la conducta que su esposo habia tenido para con el general el conde de Palma; sin no se atrevia á hablar. y el conde conmovido temia que sus primeras palabras ofendiesen á la noble señora.

Sin embargo despues de un momento de excitacion, le dijo el conde.

Delante de vos nobles señoras vés dos victimas del furor delas pasiones humanas, pero olvidemos lo pasado, y no pensemos mas que en bendecir al cielo por habernos unido, para conformarnos con los deseos del ilustre Mendoza, restablezcamos la amistad, y que nada sea capaz de turbarla, y presentó su mano á la condesa, la dama la apretó contra sus

labios y otro tanto hizo la joven Blanca.

Entre estos sucesos llegó el conde Juan que condujo á todos á un magnífico salon, donde se entregaron á la espontanea alegria.

El conde de Palma pasó muchos dias en el castillo durante los cuales manifestó á la condesa el deseo que tenia de unirse á la joven Blanca la que habiendo consentido el matrimonio se celebró al instante con mucha esplendidez.

De esta manera las dos familias se unieron con lazos que nada podrá ya romper, y formaron una delas mas poderosas casas dela monarquia Española.

El joven conde de Palma se distinguió despues por su valor y sus talentos militares, y reemplazó á su padre en estos cargos.

Jamas el olvidó los infortunios de su juventud, y le agradaba el sobrenombre de carbonero de Valencia, que se le daba algunas vias.

La bendicion de Dios se posó constantemente sobre él, y las virtudes cristianas hicieron la felicidad de toda su vida, y le aseguraron la gloria eterna.

El carbonero

de

Valencia

Novela traducida

del

Francés

Por Luis Adolfo Ramirez delas Casas Deza
alumno del Instituto Provincial

Córdoba

El carbonero

de Valencia.

Cap. 1º La huida. Junio

Una mañana del mes de ~~[illegible]~~ del año de 1546 del ~~Hacia últimos del siglo quince~~ un hombre respetable estaba sentado delante dela puerta de su apasible vivienda situada cerca ~~junto~~ dela ciudad de Salamanca perteneciente al reino de Leon en España.

Era este Alfonso de Arias profesor de la muy celebre universidad de esta ~~ciudad~~ población y descansaba de las ~~fatigas del dia~~ tareas literarias.

Asu lado sobre el mismo banco habia un vaso ~~lleno~~ de ~~agua y vino~~ leche que el llevaba de cuando en cuando á sus labios para temperarse, dejandose llevar delos recuerdos de su juventud que el habia pasado en esta misma universidad con el joven conde ~~Rodrigo~~ de Palma.

Los dos amigos se habian jurado anteriormente fidelidad y amistad inviolable, prometiendo socorrerse mutuamente en caso de adversidad y desgracia

Pero despues de haber acabado sus estudios, se separaron para seguir cada uno su carrera ~~que le estaba asignada~~.

El joven conde fué enviado al ~~[illegible]~~ reino de Portugal en calidad de embajador, el otro se perfeccionó en sus estudios y llegó á ser profesor de la universidad de Salamanca.

Asu vuelta de ~~[illegible]~~ Portugal ~~Rodrigo~~ el conde de Palma fué nombrado coronel de un regimiento que estaba de guarnicion en Toledo, asi los dos amigos pudieron pasar sin que el tiempo alterara la amistad que habian jurado.

Mientras que el profesor reposaba un poco oyó el sonoro ~~[illegible]~~ repique de campanas á anunciar con

su hermosa harmonia la fiesta del apostol Santiago que se iba á celebrar al dia siguiente; y estos sonidos habian despertado en su alma dulces y piadosos sentimimientos

Las campanas resonaban aun, cuando vió llegar cerca de él un hombre vestido de peregrino, cuyo ~~[illegible]~~ aspecto ~~[illegible]~~ palido y pensativo denotaba que ~~[illegible]~~ sentia un profundo ~~sentimiento~~ disgusto.

Cubria con su capa á ~~un pequeño~~ un niño ~~[illegible]~~ de edad de cuatro años, y mostraba el mas vivo deseo de entretenerse con el profesor.

Se levanta al momento de su sitio y le lleva á su cuarto. Alli el peregrino se quita su capa, ~~[illegible]~~ y se manifiesta al conde de Palma .....

Grande fué la sorpresa del profesor á la vista de su anciano amigo.

Se abrazaron ~~[illegible]~~ y vertieron dulces lagrimas

Entonces el conde puso al niño dormido debajo de su capa y dando un suspiro. Tu ves le dijo mi querido amigo, tu ves un desterrado delante de ti.

Mi adversario el conde Fernando de Mendoza me persigue hasta el ultimo trance

Se ha escrito mi nombre en la lista delas victimas de la inquicision, pero el señor me es testigo que yo soy inocente.

Por mi fiel criado Cesario he venido á conocer lo que se trama contra mi

El sobresalto que esta nueva le ha causado ami pobre ~~[illegible]~~ esposa le ha sobrevenido la muerte.

Que ~~Ella~~ reposa bajo los apreses de Toledo.

Por evitar el decreto sangriento que no tardaria en pronunciarse contra mi, [redacted] me he puesto en fuga con mi hijo, y cubierto con esta capa burda me he venido contigo.

¡Como! exclamó el profesor jura de si, es imposible que se haya podido sospechar de ti el crimen de la hereje tu que siempre has cumplido con [redacted] los deberes religiosos.

Tu me juzgas bien, amigo mio, pero es necesario q.e sepas que existe desde varias generaciones una funesta rivalidad entre las casas de Palma y de Mendoza

Un malsin ha reanimado el fuego que estaba debajo de las cenizas, las riquezas que poseo excitan la envidia, y como [redacted] vivimos en una epoca de intrigas, un enemigo pretende sobreponerse sobre las ruinas de mi fortuna, y quiere sacrificarme para llegar á conseguirlo. pero mi [redacted] evitaré los golpes que se me preparan, para lo cual Dios me ayude.

Que puedo hacer por ti amigo mio? respondio el profesor consternado.

Salir del pais tan precipitadamente como lo exigen las circunstancias es casi imposible por causa de este niño.

Y cuando eso suceda, que hare de este pequeño desgraciado? Que educacion podré darle en pais estrangero?

[redacted] vengo pues á rogarte en nombre de nuestra antigua amistad, y [redacted] de la desgracia que me oprime de acogerlo en tu casa y de educarlo para q.e [redacted] oculto á los ojos del mundo hasta mejores tiempos.

El profesor le dió la mano al conde.

La amistad que nos hemos prometido le respondió no faltará; el niño, estará seguro y bien tratado en mi poder.—

La primera cosa que te recomiendo replicó el conde es educar á mi hijo segun las maximas de nuestra santa religion, y de inspirarle la mas viva adhesion hacia ella; despues de ser un buen ciudadano que ame su patria, y su rey, hacerle conocer la historia de su país, aprender estos cantos nacionales que an[illegible]an el alma, ejercitar sus fuerzas, á las fatigas de la guerra, y acostumbrarse á todo.

Pero no podrá revelar el secreto de su nacimiento ni el nombre de su padre, afin de que la vanidad no altere la modestia en la cual debe pasar su juventud.

Prometedme amigo antiguo mio, de cumplir estos religiosos deseos de mi corazon y de tener cuidado de estos preciosos dones que te confio, y hasta el dia que vuelva á reclamarlo, te manifestaré mi vivo reconocimiento

Los dos amigos se abrazaron tiernamente y vertieron copiosas lagrimas.

Es preciso marchar, replicó el conde; los espias están acaso ya sobre mis pisadas

Tomad estas alhajas ~~que precipitadamente he tomado~~ asi como este rollo de pergamino cerrado.

Quando mi hijo haya llegado á diez y seis años, en q.e yo quizas no exista, el dia de Santiago, tu le descubriras y le enseñarás á mi hijo el nombre de su padre, y los misterios q.e han ocasionado su infancia.

Pronunciando estas palabras el conde echo una mirada hacia el niño dormido y dando un suspiro exclamó. ¡O hijo mio! y le dió numerosos besos. y el niño se despertó.

Vamos amigo mio es tiempo de marchar dijo el profesor al conde.

No te dejes dominar por el dolor, pon tu confianza en el que acaba de hacer brillar en la boveda del firmamento el astro dela tarde como un testigo de nuestra seguridad.

Le dió aun otra vez la mano al conde, el bendijo a su hijo, tomó su capa de peregrino, y salió dela casa para dirijirse hácia una delas puertas dela ciudad.

El profesor procuró calmar el dolor del niño, enseñando le diferentes objetos, divirtiendolo cuanto fué posible apesar de sus grandes ocupaciones.

El niño se hizo bien pronto á la ausencia de su padre, se desarrolló bajo la sabia obediencia y sus disposiciones adelantadas.

Seis años se pasaron así, el conde de Palma movido por el deseo de ver á su hijo volvió un dia á Salamanca vestido con la ropa de peregrino.

Cuando se aproximaba á la casa que habitaba su amigo, se apercibió que uno le seguia: el temor no le permitio, entrar en la casa del profesor, y se retiró precipitadamente.

Sin embargo pronto se esparce el rumor de que un sospechoso se habia presentado en las calles de Salamanca, y habia andado alrededor dela casa del profesor y de aqui se infirió que era el conde de Palma lo que causó un miedo tal al sabio que abandonó la ciudad amedia noche con el joven para ocultarse en

un valle obscuro, donde no podrian facilmente descubrir los.

Capitulo 2º.

La carbonera del bosque.

España encierra pocos territorios, mas pintorescos que las cercanías de Valencia.

Una primavera perpetua parece que alterna con el estío. y el otoño; y el invierno no reina sino en las altivas de las montañas, pues la cordillera se prolonga desde los Pirineos cuya cadena separan este reino de Francia.

Los valles ostentan con profusion la mas grande variedad de flores y frutos, y las diferentes producciones que se nota en ellos, llama la atencion, y no se puede dejar de admirar el poder y bondad del criador.

Magníficos bosques rodean estos hermosos valles. Las encinas, los plátanos, los abetos, y los numerosos zarzales, nacen con tanta gracia, sobre las verdes montañas y colinas.

No se cansa jamas la vista, pero aumenta aun el aspecto mágico, sobre todo cuando la niebla de la mañana desgarra su crespon de gris bajo la accion de los rayos del sol naciente.

En un valle de las montañas de Valencia fué donde el profesor que nosotros nombraremos; Camillo (en adelante) fué a establecerse con el hijo del conde de Palma llamado Alberto; entonces tenia la edad de diez años.

Construyó una pequeña cabaña, situada en los alrededores de una rica mina de carbon de piedra que esplotaban sus habitantes.

se elevada en una pintoresca
colina una capilla con su cam-
panario del cual pendia una
pequeña campana; iba los
domingos y dias festivos un religioso
della orden de Santo Domingo, a cele-
brar los divinos misterios y a predicar
la palabra de Dios a los pastores y
carboneros delas cercanias.

La cabaña fué situada entre dos encinas vigorosas que la cubrian con su sombra, era bastante espaciosa para habitar comodamente Camilo y Alberto.

Un claro arroyo corria, llevando su onda de cristal á una pequeña distancia de alli al través de su manantial de guijarros de los mas bellos colores, habia una capilla, con un campanario del cual pendia una pequeña campana que se elevaba en una divertida colina; un religioso dela órden de Santo Domingo que iba los domingos y fiestas para celebrar los divinos misterios y predicar la palabra de Dios á los pastores y carboneros de las cercanias. El valle ofrecia mas que todos los otros la ventaja de estar resguardado por los vientos del norte y los numerosos rebaños de merinos que pastaban, agradaba mucho la dulce temperatura.

Camilo oculta su verdadero nombre, asi como el de su discipulo á los habitantes de la comarca.

Se disfrazó, el nombre como hemos dicho y renunció todo lo que podia pertenecer á su antiguo estado.

Pero su aire serio y venerable, las facciones de su fisonomia imponia, su lenguaje puro, parecia descubrirlo, y se conocia que la naturaleza no lo habia destinado á manejar la azada, ni á tirar de un carreton y á trabajar en las minas. Se ocultó el nombre el hijo del conde Alberto de palma nombrandose tenia sus cabellos rizos, y la blancura de su tez, sus facciones delicadas, su mirada penetrante, no parecia ya en su lugar al lado del hogar ahumado, ó á la cabeza de un pequeño rebaños de carheros.

Sin embargo nadie procuraba levantar el velo del misterio que cubria la aparicion de estas dos personas.

Camilo llegó aser un poco de tiempo el amigo y el con

sejero de los buenos habitantes, gentes sencillas y virtuosas, que suponian una gran desventura, ocultada ~~por~~ con el vestido de carbonero, se contentaban con admirar á este hombre sin pretender conocer sus secretos.

Camilo dió á su discípulo una educacion tal como el conde lo habia deseado.

Lo instruyó en las maximas de la religion que forma el corazon en la piedad, su espíritu en los conocimientos, lo enseño en manejar las armas, en perseguir á los animales en la caza, y á no temer su fiereza.

El aprecio de los cantos nacionales que electrisan el alma de los españoles, y entonaba frecuentemente con él; principalmente por la tarde, cuando fatigados del trabajo reposaban todos á la sombra de una encina secular, y asistian á la despedida que el sol hacia á la tierra dorando con sus ultimos rayos las cimas de las montañas.

En estos momentos de calma de la naturaleza, fue en los que Camilo dió á su discípulo lecciones sobre una multitud de cosas importantes principiando siempre por la religion de la cual procuraba hacerlo ~~un~~ le amante.

Mirame, le dijo una tarde, tu no ves en mí mas que un antiguo decrepito.

¿Cuanto tiempo, aun estaré con tigo?

¿Acaso dejaré en poco, mis despojos mortales en el sepulcro al lado de la mina de carbon donde yo he trabajado tan ~~amenudo~~. frecuentemente

Entonces compareceré al tribunal de Dios para darle cuenta de todas mis acciones, delante de él que juzga con justicia, y delante del cual nadie es inocente.

El hombre será desgraciado si no tiene un poder intersesor con este Divino Jesus, cuya sangre ha sido derramada por nosotros en el monte gólgota, y cuya doctrina es la brújula de nuestro espíritu.

Es necesario para que este juez nos sea un dia propicio prepararnos de antemano para parecer delante de él con seguridad. Es menester tener una vida arreglada en las maximas de la fe, hacerse buen cristiano, y evitar lo que pueda disgustarle, y tomar el Evangelio, para seguirle.

Yasí mi joven amigo procura desarmigar cada vez mas en ti las malas indinaciones de tu corazon. En la edad que tu tienes las pasiones duermen aun, pero ellas despertarán algun dia y crecerán, procurarán establecer su imperio desolador en tu corazon, y entonces es cuando será necesario recordarte que eres el discipulo de Jesus, que dice en su santo Evangelio que aquel que no renuncia todo lo que posee no es digno de él.

Estampa, pues, en tu santa ley profundamente en tu corazon y no olvides nunca que es una eternidad felis ó desgraciada, y que depende de nosotros el poseer un dia eterno, ó de perder para siempre á este Dios que nos ha criado para él, y no para la tierra.

Tales palabras renovadas de cuando en cuando dieron frutos de vida.

Alberto los ~~cogió~~ observó con un ardor ~~siempre creciente~~ cada dia mas vivo y conformó con él su vida.

Se le vio crecer en sabiduria y en piedad, todo anunciaba en el un digno hijo del conde ~~Rodrigo~~ de Palma.

Era felix bajo la tutela de hombre de bien, que no parecia vivir mas que por él pero á medida que Alberto adelantaba en edad, sentia que no estaba en su ~~lugar~~ categoria vivir en este valle ~~estrecho~~ tan oculto.

El nombre del maestro ~~que el daba~~ con q.e el nombraba á Camilo no remplazaba en su corazon, el padre que no podria ya pronunciar y procuraba algunas veces en rasgar el velo que cubria su nacimiento.

Cuando lo consolaba lo mejor que podia, haciendole entender que un dia vendria en que le seria permitido ~~de~~ estrechar lo contra su corazon el autor de sus dias; que esperando ~~él~~ debia limitarse á haciendo votos para ver ~~[illegible]~~ llegar pronto ~~[illegible]~~ este felix momento sin procurar saber mas de esto.

Un dia atravesaron juntos un valle ~~estrecho~~ angosto para visitar la comarca de arrededor.

Caminando Camilo le llamó la atencion á su discipulo ~~con~~ sobre las bellezas dela naturaleza.

Pues ~~luego~~ ~~observaron~~ vieron flores que el joven no habia visto ~~aun~~ nunca, y delas cuales el maestro le ~~decia~~ clasificaba el nombre y le esplicó las cualidades;

mas allá ~~luego~~ encontraron, petrificaciones, arboles, plantas, mariscos que ofrecian á Camilo larga materia de reflexion.

Llegados al confin del bosque Alberto no pudo contenerse al aspecto de las innumerables bellezas que se reproducian á cada paso en esta comarca encantadora.

Un rio caudaloso corria su onda pura y tranquila al través de un fertil llano, de tristes cipreses ramos y chopos, que orillaban sus márgenes.

Una brisa suave agitaba blandamente las espigas amarillas, y sus ondulaciones parecian á las oleadas de un lago cuya superficie cerrizaba con el impetu del viento. —

Numerosos ~~cortijos~~ quintas, otras casas de menos apariencia ocupaban la llanura, molinos de viento cubrian las colinas próximas, pues las cumbres y los ~~lugares~~ llanos ofrecian pingües pastos para las cabras ~~retozonas~~, ~~para los~~ corderos de lana fina, para ~~los~~ bueyes y mulos.

Aqui y allí el pastor apoyado en un arbol hacia resonar al aire ~~un~~ los ecos de su flauta campestre, el cisne magestuoso con el plumaje de alabastro flotaba como un barco ~~majestuoso~~ sobre la superficie del estanque, y parecia irritarse contra los ~~mulos~~ animales que venian á pagar la sed.

El crepusculo estaba esparcido por toda la comarca, y su aspecto vaporoso prestaba un encanto mayor á todos estos objetos halagüeños.

Las vistas de estas cosas nuevas para Alberto, le animaban la vida, la variedad del pais hicieron una impresion tal en la imaginacion aun virgen de este joven, que se creyó trasportado á un nuevo mundo.

Le dió la mano á Camilo, y le dijo maestro ¿porque no nos establecemos aquí mas bien que que en ese valle tan oculto donde la naturaleza es tan raquítica?

Amigo mio respondió Camilo; eso no se puede, nos precisa permanecer donde estamos á donde el buitre rapaz y el aguila carnivora vienen á arrebatar nuestras ovejas, pero estes persuadido que el aguila, el lobo y el buitre no son para nosotros enemigos tan formidables como lo era un hombre para con tu padre y para contigo, cuando habitabais una comarca hermosa como esta.

Nosotros hemos sido obligados á huir, y de ocultarnos en esta soledad, para evitar las persecuciones.

Sin embargo no quisiera que la reflexion que te he nombrado te inspirase odio, á todos los hombres, ni se parecen á aquel de quien te hablo, gracias á Dios que hay muchos buenos y virtuosos.

Oberba alo lejos y verás sobre aquellas colinas de arboles, un hermoso cas-
plantadas

tillo gótico que elevan al aire sus almenas, carcomidas por el tiempo.

Los dueños segun me ha dicho uno de nuestros vecinos acaban de llegar.

El conde sujeto violento é irascible, no se ha detenido mas que algunos dias, pero la condesa pasará ahí todo el verano, es muy apreciada como una señora del mayor mérito, sobre todo ella misma educa á sus dos niños, y en fin se distingue por su caridad con los pobres.

Iremos á visitar á esa familia cuya amistad podrá sernos util algun dia y en todo caso, la visitas de estas personas no podrá menos de hacerte una impresion verás mas cerca la vida delos grandes del mundo.

Este anuncio fué de gran placer para Alberto, abrazado del deseo de conocer á esta familia tan estimable.

Pero replicó Camilo, nos será necesario usar de alguna precaucion, afin de no ser acusados espias que nos entregaria á la inquisicion para perdernos.

¿Pues que es la inquisicion? pregunto.

Alberto

Es un tribunal terrible que vela por la pureza de la fé, pero esa autoridad se abusa algunas veces para perder á aquellos de quien se quiere desembarazar

¿Y que nos sucedara entonces?

Yo no te diré mas en este momento respondió

Camilo, ya sabrás mas tarde sobre esta materia
cuando nos presentemos al castillo nosotros
tomaremos algunos pedazos de Zafiro y de
Amatista que las señoras gustan mucho
y cogerás algunas de las mas bellas flores p.ª
hacer un ramillete. y lo ofrecerás á los niños
Alberto se marcho contento, y se divirtio antes
de la excursion q.e iba á hacer.

Capitulo 3.º

El castillo.

El dia llegó en que Camilo y Alberto efectuaron el
proyecto de ir á ver á la noble familia.
Era una hermosa mañana de Mayo.
La condesa Isabel de Mendoza estaba sentada sobre
un cesped de lilas y madreselvas.
Al lado de ella habia un harpa, que Maria de
cuando en cuando vibraba las cuerdas.
Sobre una mesa habia un libro de canciones pia-
dosas
La condesa hizo señal á Blanca pequeña niña
encantadora de diez años de edad, para que llama
se á su hermano Juan, que tenia doce años, p.ª
que viniese á cantar un cántico.
Juan obedeció, y los dos niños cantaron acompaña
dos por el arpa melodiosa, que su madre hizo
sonar con gran habilidad.

En seguida que el cántico se acabó, la condesa dijo á sus niños. Pues hijos mios, acordarse amenudo de Dios, sed sabios, obedecid prontamente, y sobre todo huid del pecado, afin que vosotros atraigais las miradas del Nro Padre Celestial.

No es asi respondió Juan; que vos queriis que nos parezcamos al chico carbonero del valle que con tanto fervor ha orado el domingo último en la hermita.

¿Has visto pues á este chicho? preguntó la condesa

Si, Si.

Y yo tambien dijo Blanca, yo lo he visto, á este jovencito, parece muy amable, y mi hermano me ha dicho, que si vos lo permitis será su amigo, y su compañero.

¡Que! exclamó la condesa, echando una mirada escudriñadora sobre su hijo ¿tu quisieras hacerte amigo de este niño?

Piensas, pues, en la enorme distancia que le separa de ti Si él, hijo de un pobre carbonero, y tu el hijo de un noble conde

¿Que papel hariais vosotros juntos?

¿Y porque me aborchonaria de tener á este niño por amigo, si convenia con mi corazon?

¿No, nos habeis dicho con frecuencia que no se debia juzgar á los hombres segun sus apariencias exteriores; y que amenudo por el paño burdo y grosero latiba un corazon mas virtuoso, que bajo la púrpura y la seda?

Am

La madre con tales palabras habia enmudecido, apretó al niño contra su corazon y le prometió hacerle amigo del chico carbonero; cuando el gobernador del castillo se presenta y le dice.

Noble Señora. el hombre misterioso del valle está en la puerta, desea entrar al castillo y á hablaros. Está cargado de un saco de carbon de piedra, que probablemente quiere venderlo. a vos si permitis que se presente delante.

Tomad el carbon y pagarle doble de lo que vale.

El gobernador del castillo quiso retirarse pero Juan se lo impidio diciendole. ¿ El chico carbonero esta con él.

" Si. Si, está.

En este caso replicó la condesa traer los dos aqui traed tambien el desayuno de los niños, q. el chico carbonero tendrá á caso necesidad

En fin Camilo y Alberto entraron.

El maestro saludó á la señora y á los niños, Alberto cogio su Bandolin cantó una balada acompañandose con el instrumento, y sirvió de mucho regocijo á la condesa y á los niños.

La señora dió las gracias á Alberto y se aproximó á Camilo, que se arrepintio casi de haber venido á este castillo, temiendo ser descubierto: pero la señora le hizo entrar bajo el emparrado, y le dijo que se sentase, y viendo su inquietud, le preguntó lo que tenia Despues reportandole le hizo que se le sirviesen refrescos sin llevar mas lejos su pregunta. Camilo viendo que no era descubierto vuelto su ánimo, enseguida sa-

cando de su saco las piedras preciosas que el había traido, las ofreció á la condesa diciendo:

No rehuseis, noble señora, estos pequeños objetos que yo os presento tal como la naturaleza los ha producido ~~que~~ convienen mejor á los habitantes de un rico castillo, que á los de una pobre carbonera.

Mi presente es menos brillante que el de mi maestro, dijo á su vez Alberto presentando su ramillete á la noble señora; pero el brillo de estas flores servirá quizás á estos jóvenes corazones, en medio de los cuales desearia pasar mi juventud.

La sorpresa de la condesa oyendo estas palabras llegó hasta el ~~colmo~~. ultimo extremo.

~~Ella~~ La condesa conoció que este anciano, y este joven no eran carboneros de profesion, y deseó conocer su calidad y su suerte.

~~Le~~ Le hizo seña á sus niños para que se alejase con Alberto, y de ir á tomar á otro sitio el desayuno que un criado habia llevado

El criado no sabia que pensar viendo á un carbonero sentado al lado de la señora, que le ofrecia desayunarse.

Despues de algunas palabras sueltas sobre cosas indiferentes; y mientras que los niños trascaban juntos por el jardin, la condesa dijo á el nombre misterioso.

Yo he notado que vos no habeis habitado este valle sino de algunos años á esta parte

Me parece que debe gustaros este valle romantico, si con todo esto vuestra vida no esta emponzoñada con alguna pena secreta

El anciano dió un profundo suspiro.

Yo confieso, Señora, que la soledad me conviene mas que al joven que está conmigo, y que yo no quiero jamás abandonarlo; pero este jovencito se halla muy triste y se fastidiará cuando su corazon se despierte y conozca el mundo y sepa que no está en su puesto, sino en una carbonera.

¡Pobre Alberto!

Tu mereces mejor suerte que aquella que le proporciona el furor implacable de un enemigo.

Camilo se interrumpió al punto como un hombre que temia decir demasiado; pero la condesa vio una emocion que encerraba en su corazon, un secreto que se esforzaba en ocultarle.

Ella le respondió pues: Se vé amenudo que el enemigo el mas implacable posée una especie que quiere traer sentimientos y de operar una reconciliacion tanto mas deseable cuanto sea el interés de dos partidos.

« Pero venid vos » ¡Ah! yo no sé aun vuestro nombre.

¿Como os llamais?

Me llamo Camilo.

¡Y bien Camilo! ¿Vos quereis acabar de decirme porque gustais tanto de la soledad? sin duda será por mejor llorar las penas que os oprimen.

Decidme, hablad, si os dirijo algunas preguntas no es por una vana curiosidad, sino por el vivo deseo de seros útil.

¿Hacedme pues conocer vuestras penas; que no sé si podré poner remedio?

¡Cuantas veces me ha sucedido aplacar la ira de mi marido que, con el mejor corazon se deja prender [redacted] por las viles tramas que le tienen sus intrigantes!

En este momento gestiono por su reconciliacion con el conde [redacted] de Palma.

A estas palabras el anciano le cogio la mano á la condesa y la besó como para atestiguarle su reconocimiento de lo que acababa de oir.

La condesa replicó. ¡Camilo! tengo la certeza, que vos no sois carbonero todo perdiera en vos que no pertenecéis á esta clase de hombres groseros que explotan las minas de nuestras comarcas.

Pero ignora el misterio por el cual os habeis disfrazado, no deseo mas que saber quien sois, y el joven que protejeis, quisiera conocer solamente vuestras penas á fin de consolarlos.

Vos teneis razon, señora de decir que no soy yo carbonero, y que este joven no ha nacido en estas cabañas ahumadas, de estos groseros serranos; pero permitidme que no os diga mas, yo no puedo sin ser traidor y perjuro á la fé empeñada.

Lo que vos podeis continuar en hacer, es entrometeros en obrar entre los hombres divididos una reconciliacion que será agradable al cielo y á la tierra.

Mientras que Camilo y la condesa estaban en conversacion, los niños se precipitaron hacia el

empavado y Juan exclamó desde muy lejos.
Echad una mirada, mamá y veréis al carbonerito que acaba de atravesar con una flecha á ese cruel buitre que nos ha arrebatado tantos pollos y patos. Ahora las gallinas podrán vivir mas tranquilas en el corral, y no tendrán ya nada que temer de su enemigo.
¿Sabeis ~~[illegible]~~ se llama el cazadorcito?
Se llama Alberto.
Es menester recompensarle por haber nos desembarazado de ese vil buitre ~~[illegible]~~
Alberto teniendo en la mano el buitre moribundo, quedaba á la entrada del empavado procurando leer con las miradas de su maestro la aprobacion de su heroico acto.
Madre mia replicó Juanito ¿quereis permitirme que ofrezca alguna cosa á Alberto? ¿atravesar
El arco con el cual el acaba de ~~[illegible]~~ al buitre
ahora ya que le sería de puro gozo, ~~[illegible]~~
¿Puedo yo disponer de el?
La condesa hizo una seña con la cabeza y Juan presentó al momento al carbonerito la aljaba, flechas, y arco.
Alberto le dió las gracias, y echó una mirada de satisfacion sobre Juan
¡Bravo! Dijo Camilo dando la mano á Alberto tu te has portado bien en el castillo por la vez primera, tu corresponderás á mis esperanzas, á la esperanza de aquel que te ha confiado á mis cuidados, pero yo temo que dentro de poco no los

cumpliré ya con respecto á ti.
Camilo se levantó, hizo sus saludos á la condesa para volver á su valle.

Juan y su hermanita permanecieron disgustados de esta partida precipitada, pero su madre los consoló invitando a Camilo á venir á visitarlos con frecuencia.

Le prometió y le dijo: Tengo gran confianza en vos señora; pero antes de abandonaros os ruego me dijeis si al tiempo de mi muerte que no esta muy lejos yo no podria llamaros para confiar el secreto que estoy obligado de reservar aun en mí en este momento.

Vos lo podreis hacer amigo mio: y os prometo prestarme á vuestros deseos.

A la llegada al valle, Alberto no hablaba mas que del gusto que habia tenido en el castillo, y del deseo que tenia de volver otra vez.

Di no iras nunca sin mí, á visitar á esos niños, le respondió el maestro, y despues que el conde de Mendoza vuelva de Madrid tu no saldrás ya del valle.

Alberto prometió obedecer.

Capitulo 4.º

El joven Militar

La condesa de Mendoza habia pasado tres veranos con sus niños en su castillo, mientras que el invierno fijaba su residencia en Madrid, lo que causaba mucho sentimiento á Alberto, a causa de permanecer oculto en su valle sin ver a sus amigos

Camilo deseaba mucho el regreso de esta noble familia, y se alegraba de que llegase la primavera para procurar á su discípulo algunos placeres, y sobre todo, la ventaja de conocer al mundo un poco mas cerca.

El tercer año fue singularmente sorprendido entrando en el salon de la condesa.

El jovencito Juan había crecido y llegado á ser un bello joven.

Había adquirido en Madrid una multitud de conocimientos y se había ejercitado en el manejo de las armas.

La jóven Blanca se había tambien desarrollado y se presentaba con todas las gracias de la juventud.

Alberto se había tambien robustecido, sus ojos vivos, el lijero bello q. adornaba su barba su talle esbelto, anunciaba que bien pronto estaría en estado de combatir por la patria.

Juan fué á su encuentro y le abrazó.

Alberto presentó sus respetos á la condesa y á Blanca y recibió de las dos damas el saludo mas lisonjero.

La condesa se colocó en medio de ellos y notando en Alberto el carbonerito ella les dijo.

Hijos míos vosotros no haís mas que hoy á volver á tomar los juegos, que vosotros se entregabais antes, pero vuestra amistad no será

menos viva, aprended vosotros cuanto importa al hombre comunicar sus alegrías y sus penas con otro, y que la amistad es un don de Dios.

Camilo se sonrió. Y en efecto los antiguos recuerdos se despertaron con fuerza en los corazones de dos jóvenes; la condesa y Camilo pasaron un rato de gusto de ver esta dulce concordia entre ellos, pero una cosa causaba una pena viva á el anciano profesor, el acababa de saber aun á pesar de sus instancias que la condesa no había podido conseguir que su marido se reconciliase con el Conde de Palma. Sin embargo el valiente no perdió su valor.

Frecuentemente quedaba haciendo oracion una parte de la noche, pidiendo al cielo abreviar el curso de las pruebas á las cuales estaba sujeto, un inocente, y consolando á Alberto que se estrechaba con preguntas sobre su nacimiento y sobre su padre.

Al momento se estendió la noticia de que la condesa de Mendoza había llegado de Madrid a su castillo, y que iba á llevar a su hijo con él. Alberto se afligió vivamente, y fue otro tanto mas sensible con la pérdida que iba á tener noticia permitido de ir á saludar á su jóven amigo. La noticia era verdadera. El conde anunció que había obtenido para su hijo el grado de alferez en el regimiento de las guardias del Rey, y que contaba con su valor para mostrarse digno de la familia que pertenecia.

Por muy honrosa que le pareciese esta determinacion á los ojos de la condesa [illegible] no pudo sin embargo ocultar la pena que esta partida tan precipitada le causaba.

Despues de haber enjugado sus lágrimas [illegible] se ocupó de preparar el equipage de su hijo. Juan no estuvo menos disgustado de verse obligado á partir sin poder despedirse de Alberto, porque la condesa le habia prohibido pronunciar el nombre de este jóven delante de su padre.

Pero Juan no pudo resignarse con no ver mas á su amigo: y con pretesto de dar un paseo, se salió un dia por la mañana temprano á el valle y abrazando á su amigo, le dijo ¿Que no puedas tu seguirme amado Alberto? [illegible] toma mi mano, dame la tuya en señal de nuestra amistad constante, que te olvidaré jamás.

Los dos jóvenes se separaron con [illegible] lágrimas en los ojos. Juan se volvió precipitadamente al castillo para que su ausencia no fuese notada.

Su madre lo llamó enseguida, le hizo sentarse á su lado y le habló así.

[illegible] vas á dejarme, hijo mio, para hacer tu deber [illegible] vas á llevar delante de los guerreros la bandera que el monarca confia á tu valor.

M

No olvides jamas las muchas exortaciones que te he hecho desde tu infancia.

Si quieres ser feliz, debes de saber que el dueño temporal que vas á servir tiene un amo á el cual el mismo esta sumiso y cuya ley está por encima de todas las leyes humanas.

Es á este maestro supremo á el que te debes sobre todo procurar complacer con su fidelidad en seguir sus mandamientos.

Si en todo estado, el hombre tiene necesidad de favores del Señor, para sostenerse en medio delos peligros á los cuales están sin cesar espuestos en el estado militar esta necesidad llega á ser otro tanto mas grande cuanto los peligros son mas frecuentes, juro el guerrero no obtendrá estas gracias sino cumpliendo bien sus deberes religiosos.

No imites pues á los que bajo pretesto de ser soldados, se eximen de todo deber hacia su Criador y pasan una vida pagana.

Portante á ti amigo mio, une en tus aficiones el amor del prinsipe con el de Dios recibe con frecuencia los sacramentos, invoca amenudo á la santa Ilma Virgen, evita las sociedades delos jovenes que puedan arrastrarte al mal, y sobre todo procura conservar tu pureza en medio dela libertad delos campos.

Vela pues sobre tus pasiones nacientes, modera tus afectos, resiste las insinuaciones pérfidas de el orgullo, contentate con tu sueldo, en tiempo

de guerra se terrible en el combate, pero humano con los vencidos, evita las disputas con tus camaradas, y acuerdate siempre que despues de esta vida, nos será preciso dar cuenta de todas nuestros pensamientos palabras y acciones.

La víspera de los combates cuida sobre todo cuidado de purificar tu alma con una confesion sincera, afin de no amorosarte la muerte estando en pecado.

La condesa interrumpida por la llegada de un criado, detuvo enseguida el curso de su instruccion, y dió á su hijo [redacted] una multitud de consejos propios p.ª dirigirlo en su nueva carrera.

Ella bendijo enseguida á Juan con una tierna efusion de corazon, y lo condujo á el carruage que aguardaba en el patio.

El conde Hugó dió la mano á su hija.

Las últimas palabras que la condesa dijó á su esposo fueron estas: Amigo mio yo te juro reconciliarte con el Conde de Palma.

Pero el irritado no puso atencion á estas palabras, sube sobre el carruage con su hijo y partió.

Las señoras volvieron llorando á sus departamentos, para de allí irse á la capilla y encomendar á Dios á los dos guerreros, cuya partida por cipitada le causaba mucha pena.

La condesa sobretodo parecía afectada hasta el estremo pensando que su marido habia estado tan poco atento á su recomendacion de reconciliarse

con el conde de Palma, y rogó á Dios con fervor que enterneciera el corazon de su marido tan amado afin que entrase en los sentimientos mas cristianos.

Capitulo 5ª

Un invierno en Madrid

El verano que otras veces habia tenido tantos atractivos para la familia de Mendoza, le pareció muy largo: la joven Blanca no hacia otra cosa sino mirar de cuando en cuando por las ventanas si los arboles del bosque iban perdiendo sus hojas que era señal de su viaje para Madrid; y tardaba en reunirse con su padre y sobre todo con su querido hermano.

En fin el otoño llegó; los castaños perdieron sus hojas, las grullas y cigüeñas dejaron el país, todo anunciaba la epoca de la estacion de las escarchas; cuando el anciano Camilo entró al salon de la condesa con el joven Alberto de haber saludado á las señoras. Camilo dijo á la condesa que su discipulo Alberto deseaba de todo corazon poder tambien irse á Madrid para entrar y servir á su rey y á la patria. Camilo añadió que era tiempo que este joven se diese á conocer al mundo, que no podia decidirse á dejarlo habitar mas tiempo en este valle donde su valor se debilitaba y su alma perdia su vigor.

y le rogó á la Señora que no se olvidase del desgraciado el conde [redacted] de Palma.

El se despidió enseguida y se retiró con Alberto.

Algunos días despues, la condesa marchó para Madrid con su hija.

El coche apenas acababa de pasar por el patio del palacio que habitaba el conde de Mendoza en la capital, cuando el jóven Juan se presentó pálido y con lagrimas, en los brazos de su madre y de su hermana.

¿Que tienes pues? le preguntaron las dos señoras contristadas.

Venid vosotras respondió él, á ver á mi padre que esta enfermo de gravedad.

Los medicos no quieren decirle lo que tienen La madre y la hija habian entendido algunos momentos despues se encontraban cerca del enfermo.

El conde conoció á su esposa y á su hija y les dió una mano desmayada.

[redacted] estoy [redacted] y contento de veros, dijo, y no pudo [redacted] mas la palabra Espiró en sus labios.

La condesa dejó los vestidos de viaje, y se puso cerca de la cama de su marido que no quiso dejarlo mas.

[redacted] la administró con el celo digno del mayor elogio todos los cuidados de una tierna afeccion, sobreponiendose por la fé al dolor,

procuró despertar en él los sentimientos religiosos para prepararlo á una muerte cristiana. Julia

Como él se debilitaba cada vez mas, ella le habló de reconciliarse con Dios y con el conde de Palma.

Sus deseos serán oidos le respondió: yo estoy apenado de no haberlos escuchados mas pronto. El señor ha permitido que tristes extravios volviesen á los brazos del pecador orgulloso.

El conde de Palma me había ofendido, y fué... por venganza de haberlo acusado a la Inquisicion Se propuso criado contribuyó á ello, pero yo no debería de haberme dejado llevar de semejantes sentimientos: como cristiano yo hubiera debido perdonarle. ¡Ah! cuan Julia sería yo en poder en este momento darle la mano y pedirle perdon, y estrecharlo entre mis brazos moribundos ¿Pero donde está el desgraciado, o está ocultado para librarse de la sentencia de muerte pronunciada contra él?

¡Ah! Que desgraciado que soy! Señor misericordioso tened piedad de mi.

El conde derramaba copiosas lagrimas que su esposa enjugaba, inspirandole la mas viva confianza en la bondad infinita de Dios, llama á mi Hijo, dijo un momento despues. Juan se apresuró participadamente junto á su padre.

Hijo mio le dijo, yo te compró un negocio que procurarás arreglar despues de mi muerte.

Y llevó conmigo el dulce pensamiento que tu no abandonarás y que repararás la injusticia que me tengo que acusar. En encontrarás en una delas gabetas de mi papelera dos documentos sellados delos Cuales el uno esta dirijido á la inquisicion. Esta carta es una declaracion bastentica en virtud de la cual yo retiro la acusacion formada anteriormente contra el conde de Palma como culpable de la herejia. Este señor esta pues libre, puede ir á Madrid reclamar sus bienes, grados y titulos, yo cumplo con tu ceb para reparar mis injusticias hacia con el.

El otro papel es una carta dirijeda al mismo conde y le pido perdon de haberlo perseguido.

Enseguida de mi muerte tu procurarás encontrar al conde, y le entregarás mi carta. Sabrá la causa dela mala inteligencia q.e ha reinado entre nosotros, así como la trama odiosa que se supone haber sido urdida por él, contra mí para perderme.

Yo le perdono todo y le ruego que restablezca la antigua Concordia que existia antes entre nuestras familias.

El conde recibió enseguida los últimos sacramentos con mucho sentimiento, recomendó á su esposa y á sus niños rogar por él,

y juntar a esto limosnas, bendijo á su familia desconsolada, y expiró bien pronto en los brazos de la condesa.

El difunto tuvo magníficas exequias. toda la nobleza de Madrid asistió allí, para dar una última señal de estimación á un hombre generalmente llorado. Todos creyeron que admirar la Providencia que había cambiado su corazon, y que de un pecador obstinado, había sabido hacer un penitente lleno de humildad.

Tres días despues Juan fué á buscar á los jueces de la inquisicion para darle la declaracion de su padre. La idea de ver al conde de Palma reconciliado le causó una alegria otro tanto mas viva cuanto el rumor corria de los paises bajos se habian revolucionados contra España y que habia necesidad de un general habil para gobernar la guerra. El conde de Palma era un oficial distinguido, se podia esperar que algun dia podria conseguir una comandancia.

Se trabajaba para descubrirlo y se supo en las montañas de los Pirineos.

A la vuelta de la primavera la condesa y su hija para distraerse del dolor que les había causado la muerte del conde emprendieron un viaje hacia las comarcas mas pintorescas de España, el joven conde quedó solo en Madrid, donde tenia su empleo.

Capitulo 6.º

El duelo del valle.

El verano habia ya casi pasado [redacted], y los nobles habitantes del castillo no habian ~~[illegible]~~ regresado aun.

El sol al occidente esparcia ~~aun~~ su luz en el valle donde Camilo y Alberto estaban sentados bajo la encina protectora de su cabaña disfrutando del fresco de la tarde.

A lo lejos se dia resonar el sonido de las campanas que anunciaba la vispera de la solemne fiesta del apostol Santiago.

Ese dia Alberto iba á cumplir diez y seis años, y segun el deseo de su padre el debia conocer el misterio de su nacimiento.

Camilo estaba vivamente agitado por un presentimiento secreto.

Temia no ver la vispera de Santiago.

Mas de una vez espevo á punto de romper el velo que cubria aun el destino de Alberto, pero se decidió á esperar el dia fijado por el conde para revelar á su discipulo los secretos que le interesaban.

El piadoso anciano no tenia miedo á la muerte, su vida habia sido pura, y, el domingo se aproximaba á la sagrada mesa para consagrar de nuevo al Señor

Alberto q.e notaba la tristeza de su maestro, cogió su bandolin y canto una pieza para distraerlo.

Te doy las gracias, mi joven amigo, le dijo Camilo de tu atencion, tu procuras hacer menos tristes mis pensamientos, pero no lo podrás conseguir.

Yo siento que te voy á abandonar pronto. Sin embargo no llores, El Eterno que te ha protejido tan visiblemente en esta soledad, tendrá cuidado de tí cuando yo no exista ya. Te devolverá tu padre, y serás feliz algun dia.

Entonces no olvidarás á Camilo. ¿no es esto? tu rogarás por él.

El puso enseguida su mano trémula sobre él, como para bendecirle. Alberto se echó en los brazos del anciano y le inundó en lagrimas: el dolor no le permitia pronunciar ni una palabra.

Como la frescura de la noche causaba alguna impresion en el anciano se levantó y dijo al joven

Vamonos á acostar hijo mio, dentro de dos horas mañana el ruido de las campanas resonará en el valle, tu vendrás á despertarme, y te contaré el secreto de tu nacimiento para confirmarme con la voluntad de tu padre, que me ha encargado que te descubra tu origen el dia de la fiesta del gran apostol Santiago. Oyendo esto ruega á Dios por tu maestra si el sueño no llega á venir, al punto cierra tus parpados.

Fueron pues, y se entregaron al reposo.

Camilo se durmió pronto, pero Alberto no podia quedarse dormido, el dolor y la alegria se combatian en su alma.

Una gran parte de la noche habia ya pasado y no se dormia aun.

La luna arrojaba entonces el palido reflejo de su luz sobre el bajo aposento.

Alberto estaba atento y creyó oir á Camilo dar profundos suspiros puesto que se oia una suave voz, se aproxima ~~el dia~~ hijo mio, el dia donde el misterio de tu origen va á ser revelado á tu impaciencia, en el que tu conoceras en-fin tu destino.

El dia de Santiago ha llegado, y este dia va á fijar tu incertidumbre.

¡Con cuanta impaciencia he esperado este momento!

Que no haya podido yo antes ver á la piadosa condesa para saber si su esposo ha perdonado á aquel que creia ser enemigo, ó si persevera todavia en su odio contra el pobre conde de Palma.

Otras veces esta señora venia en las primeras semanas de la primavera á habitar su castillo, pero este año no ha venido todavia ¿le habra sucedido alguna desgracia á ella ó alguno de su familia?

Lo ignoro. Despues el calló. Alberto se durmió al fin y por largo tiempo.

Al despertar levantó sus ojos que parecia toda via dormido.

¡Que feliz soy se decia Alberto de ver á este hombre respetable gozar todavia la dulzura del sueño!

El joven se levantó y se vistió silenciosamente. Y salió para orar delante de la capilla, enseguida se volvió á la cabaña pero el maestro dormía aun.

Inquieto con este sueño extraordinario, se aproximó á la cama del anciano.

El se para, mira y vió una dulce sonrisa en los labios de su amigo; el le toma la mano: ¡Está fría: pone su mano sobre el corazon de su bienhechor, pero este corazon no late ya, el lo llama, y no recibe respuesta; todo está consumado: ¡Camilo no existe ya! ¡Gran Dios! exclamó Alberto ¡mi maestro ha muerto! y se desmayó á los piés del cuerpo inanime del hombre de bien.

Habiendo vuelto en sí, el reconoce la gran perdida que acaba de tener, y se atormenta pensando en su porvenir.

Ayer aun tenia un amigo, una guia un apoyo, y ahora he aquí está solo sobre la tierra y abandonado de todo el mundo.

El se echó sobre el cuerpo de Camilo.

¡O Padre mio! dijo con acento desesperado.

¿Porque me habeis abandonado tan pronto?

¿Porque morir sin revelarme el importante secreto que oculta mi destino?

¿Porque no me habeis anunciado ayer lo que debia conocer? ¡O Dios mio! volved la vida para que pueda manifestarme quien es mi padre.

¡Pero vano deseo!

Yo he perdido á Camilo para siempre ¡O Camilo Camilo!

Alberto ya mas sereno se sentó al lado de su anciano bienhechor; entonces el fijó su mirada sobre la austera figura del digno amigo de su juventud.

Yo no tengo razon para quejarme asi, y de sentir la muerte de mi muy amado maestro. Esta serenidad que brilla sobre sus facciones anuncian que Camilo es mas feliz en la otra vida que en esta, y esta dicha la ha merecido por sus virtudes y su piedad, sobretodo por su ardiente caridad.

No quiero murmurar mas contra las disposiciones del Señor, pero las adoro en silencio.

¡Adios bueno y virtuoso maestro!

Quiera el Señor como vos habeis servido con tanta fidelidad recompensaros ampliamente en la eternidad el bien que me habeis hecho.

Pero si soi recibido en la mansion de los bienaventurados, rogad tambien por mi, por un pobre pecador.

Alberto dejó enseguida un libre curso á sus lagrimas que le aliviaban un poco.

El lloró todo el dia y una gran parte de la noche.

Al dia siguiente escavó una sepultura al pié de la encina y colocó en ella por la tarde el cuerpo de su amigo.

Descansad en paz amado maestro, hasta que la trompeta evangelica venga á reanimar vuestro cuerpo: enseguida puso una cruz de madera sobre la sepultura del hombre amado, y oró largo rato por él.

Despues de esta catástrofe; Alberto no encontraba alivio y socorro mas que en Dios.

Se acordó con placer delos sabios consejos que el difunto le habia dado otras veces, comprobó las palabras dichas en nuestras santas Escrituras: que el que pone su confianza en el Señor no será jamás confundido.

El se acordo de haberlo oido decir que él poseia un pergamino y otros objetos que el padre del niño le habia confiado para este último ojeó por todas partes cavó la tierra, recorrió el bosque, visitó todos los arboles que tenian hueco, pero no encontró nada, lo que le afligió mucho.

La muerte de Camilo se supo bien pronto en el valle.

Todo el mundo tomó parte en esto y compadecia al joven que se veia de repente privado de su padre y de su apoyo.

Capitulo 7.º

La última voluntad.

Algunos días después de la gran fiesta de Santiago, la condesa de Mendoza y su hija volvieron á su castillo.

El anciano castellano los recibió con una alegría que templó sin embargo la idea de la pérdida que había tenido.

Todo el mundo guardará siempre de veros aquí nobles señoras, pero sobre todo el carbonero Camilo.

Este desgraciado ha venido muy amenudo á informarse de vuestra llegada, si hubiera dicho que tenía cuidado de vos.

La condesa le sonrió y respondió: Y bien cuando vuelva [illegible] lo traeréis al punto p.ª que [illegible] le anuncie la feliz nueva del favor que el conde de Palma acaba de obtener.

¿Y el joven estaba con él? preguntó Blanca

Si señorita, él no lo abandona jamas bien lo sabeis [illegible].

En un caso ruplio Blanca [illegible] iremos mañana ~~por la mañana~~ temprano á dar un [illegible] paseito hacia el valle para verlos.

Al otro día sin embargo que las dos señoras se paseaban por el jardin, [illegible] oyeron los sonidos

de un bandolin.

Escucha mama, exclama Blanca los ecos de un instrumento que nos parecen producidos por el bandolin del joven carbonero.

¿Es posible? responde la condesa acaso es él, que haya venido con su maestro habiendo sabido nuestra llegada?

Era en efecto Alberto quien entro algunos instantes despues en el jardin.

Al se descubrió desde muy lejos, cuando ejercitaba la condesa y se puso al pie de un arbol con un jaquete que llevaba debajo del brazo.

Yo he venido nobles señoras á despedirme dando un profundo suspiro para despedirse.

¿Donde esta vuestro maestro pregunto la condesa?

Camilo mi digno maestro ha muerto.

Y se puso á llorar como si acabara de perder á su bienhechor en el acto.

¡Digno Camilo! exclamó la condesa has muerto sin saber la buena noticia que yo iba á anunciarte.

¡Y tu pobre Alberto! ¿cual va á ser tu porvenir?

Bien que no he nacido para carbonero, mi valor me llevará lejos de este valle que he mirado como una prision hasta este dia.

He oido decir que la guerra se habia encendido en Flandes. Y voy allá á tentar fortuna.

Yo voy á sentar plaza para combatir la patria, y partiré mañana

¡Ja! respondió la condesa.

¿Y porque no es mas tarde?

¿Que me queda que hacer en este pais? Mi ardor me arrastra á los combates, allí está mi elemento

¡A Dios señoras mias!

Sin embargo me queda un deseo en manifestarlo noble condesa; que yo he enterrado á Camilo debajo de la gran encina cerca de nuestra cabaña; una sencilla cruz de madera rodeada de una guirnalda, adorna su sepultura, pero esta cruz no sus existira por largo tiempo, y esta guirnalda se machitara, yo os ruego pues, para satisfacer la ultima voluntad de mi maestro de dar nuestra cabaña á una pobre familia del pais, con la condicion que ella haga elevar á Camilo una cruz de piedra y si alguna vez vuelvo á este valle, ~~yo la~~ regaré la cruz con mis lagrimas.

La condesa y su hija estaban vivamente conmovidas

Vuestros llantos me honran nobles Damas replicó Alberto.

Tocante á vos señorita dirigiendose á Blanca permitidme que os ofrezca este bandolin y dignese aceptarlo; el os recordará algunas veces el porvenir del pobre carbonero del valle

¡Adios! Que el señor os depare todo el honor que vos mereceis. Alberto dió el Bandolin a

Blanca puso su paquete sobre su brazo y se marchó con precipitación.

Capitulo 8.º

La hermita de los Pirineos.

En esta época se veía en las alturas delos Pirineos, á algunos pasos del camino que conduce á Barcelona en Perpiñan, una humilde cabaña aproximada á una roca y cubierta de juncos y de musgos.

Se hubiera tomado por la morada de algun animal salvaje, si no se hubiera visto á su entrada una cruz de madera, indicando la vivienda de un hermitaño que habia renunciado al mundo, para encerrarse en esta horrorosa soledad á la oracion y á la contemplacion de las verdades eternas.

Un dia se vió salir de allí á un hombre de una arrogante estatura revestido de un paño burdo: una barba espesa cubria una parte de su cuerpo, sus mejillas estaban pálidas su frente surcada de arrugas prematuras, sus ojos enrojecidos por las lágrimas que habia derramado.

Sin embargo se notaba en él una nobleza, y una muy limpia alma que no habia podido abatir los mas grandes reveses.

El fué á postrarse al pié dela cruz, y dirijió una fervorosa oracion al señor, pidiendole que conservara su gracia y su fé.

Enseguida fué á sentarse sobre un pedrusco de piedra berroqueña colocada á la entrada de su cabaña, y sus miradas se dirijian hacia España.

Allí dijo él descansa bajo cipreses la digna esposa que habia adornado por sus virtudes la primavera de mi vida.

¿Pero donde encontraré yo el tesoro de mi amor paternal?

¿Yo ignoro podér esperar que el habite todavia en Salamanca?

He aquí doce años que yo vivo desterrado, y seis que habito esta comarca, y desde este tiempo no he sabido nada de mi hijo y de su digno maestro.

Mi adversario es muy poderoso en la corte de Madrid.

¿No podre yo nunca ir á los valles de mi patria?

¡O [redacted] existencia! ¡O Dios mio! sostenedme en este valle de lagrimas, y haced que pronto vuelva á encontrar la paz y la felicidad que yo busco desde tan largo tiempo.

Sin embargo hágase vuestra voluntad, y no la mia.

Así hablo el conde de Palma en la hermita

de los Pirineos, y sacó de su bolsillo un pedazo de pan con algunos higos que él comió con mucho apetito. Era el único recurso que le quedaba aun.

Desde su permanencia en esta montaña él había podido reponer cada mes su pequeña provision de víveres, comprandoselos á unos acemileros que pasaban por el camino y que hacían el comercio de una multitud de cosas entre Francia y España; pero una vez en la época de la travesía había llegado sin que los acemileros volviesen.

El hermitaño viendose pues en el punto de ser reducido á no comer mas que algunas raices ó frutas salvages, tuvo algunos temores sobre su porvenir.

El no podía resolverse a ir á España ni a Francia con el temor de exponerse cuando al punto le pareció oir la voz de algunas personas que trepaban la montaña. El se levantó y dió algunos pasos hacia delante para informarse de lo que aquello podría ser, y conoció en efecto los acemileros que llegaban de Barcelona.

Jesus hacia ellos los invitó á que descansaran algunos momentos delante de su cabaña.

[redacted] aceptaron su deseo, y le entregaron las provisiones que [redacted] habian traido para él; y entablaron una conversacion muy animada de [redacted]

El gefe de los acemileros fué á buscar algunas botellas de Málaga.

Padre mio dijo á el hermitaño. he aqui vino del cual desde mucho tiempo no habeis probado, quereis vos gustarlo.

La pequeña compañia alegre con el vino se divertia hablando ya de unas cosas ya de otras, cuando el hermitaño preguntó noticias del conde de Mendoza y del conde de Palma, pues desde largos años no se habia oido hablar.

El conde de Mendoza ha muerto, respondió uno de los acreedores, y corre el rumor que algunas horas antes de su muerte ha perdonado al conde de Palma.

La inquisicion ha reconocido inocente á este ultimo, y se esta haciendo por todas partes averiguaciones para descubrirlo y enviarlo á Holanda para ponerse á la cabeza del ejercito español contra los rebeldes.

El ha prometido una recompensa al que encontrase el rastro de este hombre. Tomad este papel y leed, y vereis que yo no os engaño. y le dió un papel que el hermitaño leyó con ansia.

El escrito contenia la real órden siguiente

El Rey de España visto el decreto del tribunal supremo de la inquisicion de Madrid, declarando no culpable al conde de Palma en materia de [redacted] herejia, ofrece su gracia y

su amistad á este noble señor, y lo convida á venir á tomar los grados y funciones que ocupaba antes de su desgracia, para ir á castigar los rebeldes delos Pueblos-Bajos.

Su amor á su príncipe y á su patria es demasiado conocido para que no se dude al instante de su celo en corresponder al llamamiento que se le ha hecho en una circunstancia tan urgente.

Esta noticia hizo una impresion tal sobre el hermitaño que dejó caer el papel de sus manos despues se arrojó á los pies dela cruz.

Ví allí por espacio de algun tiempo con gran sorpresa de los acemileros, que el dejó p.ª retirarse á su cabaña.

Pronto apareció con el brillante uniforme de general, llebando varias hermosas decoraciones.

Amigos mios les dijo: yo soy el conde [redacted] de Palma.

No se puede concebir, pero ni pintar el asombro de los acemileros

Los unos se precipitaron á sus pies, los otros le pidieron perdon de haberse faltado por su demasiada familiaridad; pero el los tranquilizó y le dió su mano para que la besasen, y el dijo.

Poned término á vuestra generosidad y decidme uno de vuestros [redacted] caballos, para que yo me pueda ir al instante á donde me llama el rey y la patria. Yo quiero olvidar lo pasado y obedecer sin detencion.

Vos podreis ir á recoger este animal á mi cas-
tillo de Toledo, donde yo os recompensare todo
el bien que vos me habeis hecho
El conde apenas habia acabado de hablar
cuando cada uno se daba priesa á entregar
su caballo
Escogio el mas fuerte de estos animales
y montó con precipitacion, y haciendo mil
saludos afectuosos á estos Hombres honrados,
los abandonó y se dirijio hacia Madrid
Hubiera querido ir inmediatamente á Sala-
manca para ver á su hijo, pero el deseo
de presentarse al rey lo mas pronto posible
le hizo abandonar este proyecto, esperando
llamar á su hijo cerca de él en la ciudad
donde se detuviera momentaneamente.
Llegado a Zaragoza envió un mensajero
al rey con una carta para darle las
gracias por el favor que le habia hecho
y decirle que estaba pronto á ejecutar sus
órdenes
Fue recibido por todas partes con un en-
tusiasmo difícil de describir; el pueblo
manifestó la mas viva alegria de volver
lo á ver.

Capitulo 9º.

Un acontecimiento en el bosque de Toledo.

El conde de Palma despues de haber tenido una audiencia con el rey, conferenció largo rato sobre el estado de los partidos en Holanda, y sobre las medidas mas eficaces para terminar prontamente el levantamiento que se habia encendido, hizo todas preparaciones para su proximo viaje; pero antes de abandonar la España quiso ver á el hijo que habia sido con tanta eficacia recomendado á su amigo el Profesor de Salamanca.

Escribió pues á este último, pero le contestaron que el profesor habia desaparecido desde largo tiempo de esta ciudad sin que se supiese que se habia hecho de él.

Esta noticia fué un rayo de fuego para el corazon del pobre padre. No pudiendo apesar de los medios que puso para descubrir el lugar oculto de su amigo y de su hijo que le habia confiado, se decidió á partir queriendo

sin embargo ir antes de todo á la tumba de su esposa, cuyo recuerdo estaba siempre tan viva en su corazon, como el dia en q.e habia tenido la desgracia de perderla.

Abandonó una tarde su castillo de Toledo no queriendo ir acompañado de ningun criado, y se dirijió despacio hacia el cementerio, donde reposa su muy amada.

Allí se arrodilló sobre la tumba de su digna esposa que él no dejaba de llorar, oró largo tiempo, mezclando en un mismo amor la esposa y al hijo, elevó al cielo sus ruegos por los dos seres queridos que creia p.a siempre perdidos.

Despues de haber así orado sobre la tumba de su esposa, el conde fué á visitar la capilla erigida sobre un otero en medio del cementerio y donde todas las mañanas un religioso de la órden de Santo Domingo de Toledo venia á decir la misa por el descanso de las almas de los fieles, que allí estaban enterrados.

Aquí oró por algun tiempo y encomendó á Dios la expedicion que iba á emprender pidiendole derramase sus bendiciones sobre sus armas, y concederle su existencia para triunfar de los enemigos del príncipe y la

patria.

Entretanto la noche se estendia sobre la tierra y cubria con su sombra los cipreses, y los monumentos funebres, y las modestas cruces que adornaban este triste recinto.

La brisa de la noche agitaba blandamente los arbustos plantados sobre las tumbas y se hubiera dicho que cada rama exalaba un suspiro y llamaba á la persona cuya ultima morada cubria con su sombra.

El conde no puso atencion que á dos pasos de él en el porche de la capilla estaba sentado un jóven que sin duda acababa de pedir en este asilo un abrigo para la intemperie de la noche levantando

Acabada de terminar su oracion y consolado un poco consolado para volverse á Toledo, cuando oyó un vigoroso silvido.

Sin apresurarse continuó su camino; pero se vió al instante rodeado de cuatro hombres robustos.

Uno de ellos se aproximó á él. ¡Señor! le dijo, somos gentiles-hombres franceses por diferentes circunstancias nos hemos obligados á abandonar esta provincia, gentes honradas, pero pobres como los ratones de la Iglesia.

Nosotros no hacemos daño á nadie.

Vos teneis una hermosa capa sobre sus hombros. ¿si vos no la dieseis?

Uno de mis camaradas ha contraido un fuerte catarro, el otro dia pasando un rio ~~que~~ tenia necesidad de cubrirse

Mi capa no me la quitaré sobre todo en este momento, respondio el conde.

Sin embargo como ~~[illegible]~~ lo pretendais vos sois pobres y honrados, ~~yo~~ voy á daros algunas piezas de oro, si ~~[illegible]~~ os moviesen yo os atravesaré con mi espada.

¡Tente! esclamó otro, que desvergüenza uno solo contra cuatro, ¡trata de atravesarnos con su espada!

No tan pronto se hacen las cosas

Nosotros tendremos pronto la capa y la bolsa sin vuestro permiso.

Al punto dando gritos despavoridos ~~[illegible]~~ se pusieron en actitud de obtener por la fuerza, lo que el conde rehusaba darle.

Este noble ~~noche~~ señor viendose asi atacado, por cuatro bandidos ~~miserables~~ y no pudiendo huir, se colocó contra uno delos monumentos fúnebres para

mejor defenderse.

El ~~[illegible]~~ golpe de su espada ~~[illegible]~~ lo preparó para atravesar al primero que le hiciera violencia.

Al mismo tiempo el joven ocultado debajo del pórtico dela capilla, corrio gritando.

~~No tened ningun temor, vos sereis socorrido señor y llegaremos facilmente al termino de estos fasci nerosos.~~

No tengais ningun temor vos señor sereis socorrido y nosotros daremos fin de estos fascinerosos

Al mismo tiempo disparó sobre la espalda del gefe delos bandidos un golpe tan violento con el palo que tenia en la mano que lo tiró a tierra.

Al instante dió gritos como p.ª llamar á sus camaradas en su socorro.

Los malvados espandos creyendose en efecto en el punto de ser atacados se pusieron en fuga y abandonaron á su capitan, tendido en tierra sin conocimiento.

El Conde habia herido en el brazo á uno delos bandidos que queria llevarse su capa.

Rogó a su joven libertador que no persiguiese á estos malvados esperando que ellos serian presos

por la justicia

Viendose casi libre del peligro que habia corrido se volvió á la capilla p.ª dar gracias al Señor de haberlo protegido.

Detras de él se arrodilló tambien el joven dando gracias á Dios de haberse señalado salvando la vida á un inocente.

Despues de su oracion se levanta el conde y da la mano á su salvador.

¿Quien eres tu valiente joven que acabas de exponer tu vida por mi?

¿Cual es tu nombre? ¿En que provincia has nacido?

¿En que te ocupas?

Yo deseo saber todo eso afin de recompensarte dignamente el beneficio que me has hecho.

Yo no hecho por vos, señor, mas q.e lo que la religion y la humanidad exigen que hiciera por mi prójimo

Vengo delas montañas de valencia donde fuí criado entre los carboneros, yo no conocia á mis parientes.

Todo lo que poseo en el mundo está encerrado en este paquete que vos veis ahí; yo me llamo Alberto, yo tengo valor y una buena conciencia

¿Y que vas á hacer? ¿Cual es tu plan de vida?

Yo sentía demasiado la estrechez de las montañas donde fuí criado, y no creyendome nacido para ser carbonero, he tomado el partido de tentar la fortuna de otra manera.

Los vecinos del valle me hablaron de una expedicion que el rey iba á emprender contra los Holandeses, y resolví, despues de la muerte de mi anciano padre, entrar en un regimiento p.ª distinguirme en él, por mi valor, ó encontrar una muerte gloriosa.

Tu me agradas, bravo, y honrado jóven.

Toma esta sortija como un recuerdo de la asistencia que me has prestado esta noche contra esos infames bandidos, y ve mañana á verme á mi castillo de Toledo, y yo cuidaré de tí.

Le puso en el dedo una hermosa sortija de oro enriquecido con un rico diamante.

Alberto no replicó á este acto de generosidad sino con nuevas protestas de obsequio á la persona del noble señor, cuyo nombre no conocia.

Iba á alegarse cuando se apercibió que aquel q.e acababa de salvar la vida no le habia dicho como se llamaba, volvió pues á él y notó que el

noble Señor era el mismo conde de Palma por quien el buen Camilo se había interesado en otro tiempo tan vivamente.

Alberto no procuró en este momento levantar el velo del misterio ni conocer el motivo de esta amistad que su difunto maestro había profesado anteriormente al conde

Ocupado de los sentimientos de alegría q.e esperimentaba por haber salvado la vida á uno de sus hermanos, y salió del cercado del cementerio, y siguió el camino p.r Toledo

Al instante sintió una cosa dentro de su bolsillo

Mete la mano y se encuentra con una bolsa bien llena, que el conde había metido sin que lo advirtiera.

Este descubrimiento le enternecio hasta derramar lagrimas.

Previendo con este socorro, pudo confiar en el por-venir, proveerse, y servir con mas desahogo en el ejército Español.

Capitulo X.

El Abanderado

Mientras q.e el conde de Palma se ocupaba de

los preparativos de su marcha, dabe ordenes, pasaba la revista á las tropas que debia conducir á la guerra, se le presentó un joven hidalgo que era el abanderado en uno delos regimientos, y q.e le pidió audiencia.

El se la dió al punto. Yo soy un joven guerrero, el hijo del conde de Mendoza vuestro implacable enemigo, y debo antes de partir p.a Holanda satisfacer un deber sagrado que mi padre al morir me ha ordenado cumplir lo mas pronto posible.

Despues de algunos meses yo esperaba con una viva impaciencia el feliz dia donde podria ser admitido en vuestra presencia y daros á conocer las ultimas voluntades de mi padre.

Antes de entregar su alma á Dios se reconcilió con vos.

Y me encargó de ir á veros despues de su muerte, y de daros la mano en señal dela amistad que os tenia.

Os ruega de olvidar lo pasado y de restablecer la antigua correspondencia que existia antes entre las dos familias: sobre su tumba es donde nosotros debemos jurar una amistad eterna.

En estas palabras, el joven conde dió la mano á su general que vivamente conmovido dlo que acaba

ba de oir, tomó la mano del hijo de su antiguo adversario y la apretó contra su corazon.

El joven de Mendoza le remitió un papel que contenia todo aquello q.e había servido para enardecer anteriormente el odio de su padre contra el conde ~~Rodrigo~~ de Palma.

Este quiso retener al joven abanderado, pero sobre las observaciones que este último le hizo que su regimiento iba a ponerse en marcha en el mismo dia; y lo dejó partir diciendole:

Nosotros nos encontraremos en Holanda y despues de la guerra cumpliremos los deseos de nuestro padre que han llegado á ser los mios.

Despues de la partida del joven conde de Mendoza el conde de Palma abrió el papel que le había sido enviado, y lo leyó.

El conde ~~Rodrigo~~ de Palma

Cuando recibais este papel yo reposaré hace largo tiempo en la tierra

Vos podeis por consiguiente dar entera fé á lo que este contiene estando apoyado sobre la pura verdad.

~~Vos~~ no ignorais que nuestros antepasados vivian en guerra declarada en si y que nuestras dos familias permanecieron divididas durante mucho tiempo, sin embargo jamas me hubiera venido el pensamiento de perseguiros si un dia uno de vuestros criados llamado Cesario no me

hubiese buscado p.ª anunciarme bajo juramento
que vos habeis formado el proyecto de asesi-
narme, porque mi gloria os ofuscaba.

Esta noticia encendió en mi corazon el furor
de la venganza como un desesperado, fuí á ver á
muchos de mis amigos para entenderme con ellos
sobre el medio de perderos.

Cuando Lesario volvió y me dijo, yo he entendi-
do que vos no sabeis que partido tomar para
desembarazaros del conde de Palma
¿No temeis la inquisicion? acusadle de que
tiene un comercio secreto con algunos herejes
ocultos del reino
Acriminadle de que visita con frecuencia
durante la noche la Catedral de Toledo de ha-
cer muchas limosnas á los pobres, de hablar
contra la pena de muerte á que condena la
inquisicion, á hacer entender que procura
levantar el pueblo contra el monarca.

He aquí las razones plausibles para per-
derlo, y de esta manera desembarazaros de
este hombre, sin poner vos las manos en él,
pero escuchadme hasta el fin.

Inspirando os estos pensamientos [redacted] me expon
go á morir de hambre, y [redacted] no quereis exi-

gir de mí sobre todo en mi edad que vaya á mendigar de puerta en puerta.

Vos, pues, cuidareis de mí haciendo que me elijidigne una parte delos bienes del Conde yo iré entonces á un monasterio á orar por él y por vos.

Bien conde de Palma yo tuve la debilidad de dar oidos á estas horribles sugestiones de que vos sabeis el resultado.

Habeis sido bastante feliz en poder evitar la muerte por una prueba fuga.

Yo os pido perdon de haber obrado de esta manera con vos, no maldigais mi memoria: sino olvidad todo por que sois discípulo de aquel que desde lo alto dela cruz pidió perdon p.ª sus enemigos, en prueba de perdon id á mi sepultura con mi hijo y renovad allí una alianza que nada deberá turbarla afin que podamos un dia hallar misericordia los dos ante el trono del Eterno.

La mano del conde temblaba como un azogado, leyendo estas líneas.

Descubrió la infernal maquinacion de su

criado de aquel mismo en quien había puesto toda su confianza.

Dejó al punto su compañía y mandó que se le trajesen á Cesario.

Le buscó por todas partes á este malvado, pero no se le halló,

pareció que habiendo visto entrar al hijo del conde de Mendoza en el palacio de su amo el había tomado la fuga para librarse del castigo que el debía de haber merecido.

Mientras que el conde estaba poseido de la agitación que el descubrimiento de la infame calumnia de Cesario había producido en él, se le anunció que se había presentado un joven llamado Alberto que deseaba verlo.

Que entre respondió, al menos este no es un traidor.

Alberto entró, el conde le dió la mano, tu me has salvado la vida valiente joven, le dijo, es justo que yo me ocupe en tus cosas.

Yo no pude ocultarte, me he arrepentido de no haberte declarado ayer noche q.e deseaba verte á mi lado combatir contra los enemigos de mi patria, si esto te conviniese.

Dime, pues Persites, en la resolucion que manifestaste de sentar plaza en un regimiento.

Si mi general, sigo con mi proyecto, y mi mas grande felicidad será combatir al lado de vos y aprender á luchar en la guerra bajo un gefe tal como vuestra Excelencia.

La figura del conde se empleyó á estas palabras, ahó una mirada de bondad indecible sobre el joven, y en este momento asaltó su corazon un vivo deseo de q.e el hijo habia confiado en otro tiempo á su anciano amigo fuese parecido á este.

Bien le respondio pues que tu quieres ser el compañero de mis peligros yó me encargo de tí, el que ha sabido defender á un desconocido contra los ladrones, sabra tambien manifestar su valor en el campo de batalla.

Yo te nombro alferez del regimiento que lleva mi nombre.

Tu combatirás siempre cerca de mí.

Esto es hacer mucho honor á un pobre carbonero, respondió, Alberto.

Yo procuraré hacerme digno dela confianza que vos me manifestais.

Mientras llega el momento de partir tu habitarás en mi palacio y serás tratado como uno delos mios.
Alberto cubrió de besos la mano de su generoso bienhechor.
Y fué á habitar una pieza en el palacio mismo del conde.
Este hizo al punto llamar un sastre á quien encargó equipar al joven alferez.
Y cuando él lo vió por la primera vez con brillante uniforme lo tomó dela mano y lo presentó á los oficiales de su regimiento, que admiraron su gallardo talle y agraciado rostro.
Algunos dias despues partió p.a Holanda con una division de tropas.
Alberto lo acompañó pero antes [redacted] de partir este último fué á rezar sus oraciones á la catedral de Toledo, y se puso bajo la proteccion especial dela Santisima Virgen.

Capitulo XI

La Guerra

El conde de Palma acordó con otros varios gene-

rales, dar principio á la guerra con un vigor estraordinario, tomó ciudades, en las cuales puso guarnicion española, y se distinguio por todas partes tanto por su valor, como por su clemencia, uniendo los deberes del mando con los de la humanidad para los vencidos.

Cada dia era necesario dar algunas batalla reponerse delos ataques, defender el territorio volver á tomar una posicion, y esto fué como casi siempre ya un partido ya otro el que triunfó.

El joven Elberto habia mostrado cien veces su ardiente valor, lo que le valió los elogios de sus oficiales: pero un dia debió coronar sus hazañas con una accion heroica.

Los Holandeses se confiaron en sus fuerzas bastantes superiores á las cuales los Españoles no podian prepararse pr. el ataque de una ciudad, hicieron un dia una salida por la mañana tan vigorosa y tan bien combinada que arrollaron á las guardias avanzadas delos sitiadores y penetraron hasta su campo.

Todos se replegaron delante de su impetuosidad, y el terror de este brusco ataque esparció

en las filas españolas, fue tal q.e se defendio floja
mente.
Los holandeses aprovechandose de su ventaja
se extendieron hasta la tienda del conde de
Palma.
Este se había acostado muy tarde. y apenas
acababa de gustar un poco de reposo, cuando des-
pertó sobresaltado por los gritos que oyan los
que asaltaban.
Vestido de su uniforme salió de su tienda
reunió alrededor de sí algunos valientes q.e
resistir el ataque delos enemigos q.e se bor
tian como leones.
Pero no fué bien secundado que se vió en el
punto de ser prisionero ó muerto por los Ho
landeses.
La vista del peligro de su general reanimó el
valor de los Españoles; Pero que podian hacer ellos
que eran uno contra veinte?
Al punto llegó una compañía del regimiento
en la cual servía el valiente Alberto.
Este había confiado su bandera á uno de sus
camaradas, y armado de una maza, se abalan
zó sobre los Holandeses, gritando: ¡Salvemos al
General!

Conmigo amigos mios.

Se lanza como un rayo sobre los enemigos, trastorna con su terrible masa todo lo que encuentra, y saca al General, dá á los Españoles tiempo de unirse y reponerse de su sorpresa, despues aprovechandose á su vez del terror que su indomable valor habia puesto á sus enemigos, se precipita sobre un batallon, y secundado por los suyos lo ponen de rota, lo persigue y lo obliga á entrar desordenadamente en la ciudad.

Recorrió enseguida el campo, y con audacia que se aumentaba cada vez mas llego á arrojar todos los Holandeses dejando una porcion de muertos y de heridos á su paso.

Despues de este brillante hecho de armas no hubo mas q.e un grito en todo el campo. Alberto fué proclamado el heroe del dia, el salvador dela division á que él pertenecia, sele comparó con Hércules y lo exaltaron hasta las nubes.

El conde de palma se conmovió hasta el punto de derramar lagrimas, fué al otro dia con varios oficiales á la tienda de Alberto y

le dijo:

[redacted] vengo mi amado hijo á premiarte la bella acción que habéis hecho el dia de ayer.

[redacted] sois quien ha salvado el honor del nombre Español.

El que ha preservado durante la derrota, esta division del ejército, el que me ha arrancado á mismo dela cautividad en que me iban á sumir los enemigos, tal vez aun dela muerte, que yo hubiera encontrado combatiendo.

[redacted] os debo la vida dos veces, porque estos señores presentes no dejaran de saber con interés el socorro que vos me disteis otra vez defendiendome en el cementerio de Toledo contra unos ladrones armados.

Recibid de mi mano este nombramiento de capitan que yo os entrego en nombre del rey p.ª recompensar vuestro valor.

Tomad [redacted] tambien esta espada que yo no podria confiar á [redacted] mas valiente.

Alberto recibió estos objetos en medio delas felicitaciones de los oficiales que le estrecharon en sus brazos á ejemplo del conde de Palma; despues delo cual este replicó.

Vos habeis expuesto ayer valiente capitan vuestro pecho á los tiros del enemigo, q.l es justo que sea decorado, pues lo requiere vuestro noble valor, con la insignia q.l debe recordaros.

Os confiero pues, en nombre del rey la decoracion dela orden de Santiago.

Llevadla por mucho tiempo p.a el bien dela nacion que se enorgullece de ver á un joven entrar de una manera tan distinguido en la brillante carrera delas armas.

Alberto no podia resistir los sentimientos q.l agitaba su alma, se arrojó llorando á los brazos del conde.

¡Pobre Camilo! exclamó! ¡Vos que me habeis servido de padre! ¡Ojalá no estuviseis aquí p.a gozar dela dicha de vuestro discipulo! ¡Dios no pudiese yo estrecharos contra mi corazon que vos formasteis contanta sabiduria en los principios q.l aseguren ahora mi felicidad!

Que el Señor os recompense en el cielo todo aquello que habeis hecho por mí.

El conde de Palma conmovido á la vista de esta piedad filial pensó entonces en su hijo que creia perdido para siempre, y tuvo q.l reprimir sus

sollozos.

Al mismo punto se anunció la llegada de un oficial portador de despachos.

El conde hizo que entrase al punto.

¿Sois vos el capitan Mendoza? exclamó,

¿Que nos traeis de nuevo?

La orden de una tregua de seis años q.e se acaba de estipular.

Quedaran las guarniciones en las ciudades conquistadas.

Lo demas del ejercito volvera á España.

Esta noticia se estendió por todas partes con rapidez, pero las miradas del joven Mendoza cayeron en el punto sobre Alberto

¡Cielos, exclamó q.e veo yo?

¿Es este ciertamente el jóven carbonero del valle?

¡Perdonad mi precipitacion!...pero....

Alberto se arrojó á los brazos de su antiguo amigo: diciendo

No hay en esto necesidad de perdon, yo soy siempre el carbonero de Valencia, nombre que me recuerda los felices momentos de mi infancia.

Yo estoy sorprendido de volveros á ver amado conde.

He oido hablar de vuestra valentía en campo de batalla.

La condecoracion que luce en vuestro pecho me prueba que os habeis distinguido en esta guerra.

Ahora pues renovemo nuestra antigua amistad, y vamos á visitar nuestros campos y el castillo de mi padre para descansar allí de nuestras fatigas.

Vos haréis bien amigos mios, respondió el conde de Rodrigo de Palmés.

Yo me uniré pronto con vosotros, y iré á ver á la condesa de Mendoza p.a poner sobre la tumba de su difunto esposo amistad y eterna paz, á una familia tan estimable.

¡Que no hubiera en este pais un ser con el cual mi corazon suspira desde mucho tiempo!

Algunos dias despues los dos oficiales partieron p.a España.

¡Como el corazon de Alberto latia con violencia cuando se aproximó, á el valle donde habia pasado en tranquilidad é inocencia su infancia y los dias de su desgracia!

Iba pues á ver la sepultura de su antiguo mae-

ro, y las rocas y los arboles de la soledad
y á la noble Condesa de Mendoza y su hija
Blanca enfin, todo lo q.e él amaba.

La Esperanza lo sostuvo durante el viaje
y no pensaba mas que en los objetos q.e iba
á ver, y así no podia comprender el mismo
como habiendo salido tan pobre de esta comarca
volvia con el grado de capitan y condecorado
con la cruz de Santiago.

Capitulo XII.

La vuelta feliz.

Era esto en una de las mas hermosas noches de
otoño.
El antiguo castillo habitado por la condesa de Mendoza
y su hija, estaba abandonado de la partida
de una familia que habia allí á pasar algunas
semanas.

La jóven Blanca cubierta con una ligera
mantilla salia de la torre p.a hacer sus oracio
nes en una pequeña capilla situada algunos pasos
de allí, y a la cual conducia con una hermosa
calle de acacias.

Llegó sola entró en el santuario y oró por la feliz

vuelta de su hermano.

Con estos ~~votos~~ suplicas se mezclaron tambien algunas memorias del jóven carbonero de que conservaba algun recuerdo.

Al salir dela capilla entró en el jardin é hizo un hermoso ramo de flores diciendo:

¿Que no pudiera yo bellas flores haced de vosotras una corona para mi hermano?

¡Ah! ojala que volviese pronto mi amable Juan. Pudiera.....

Pero ella se detuvo y no dijó mas por temor de descubrirse

Mientras que pasaba entregada á una porcion de pensamientos, su madre vino á encontrarla

¡Blanca! mi amada hija dijó la condesa tengo que comunicarte buenas noticias.

Acabo de recibir una carta de tu hermano, se ha fijado un plazo de seis años segun me dice y vendrá á recibir una licencia que pasará aqui.

¡O que feliz soy de volverlo á ver!

Se me hace tarde estrecharlo contra mi corazon.

Bendito seas Dios mio, respondió la hermosa Blanca.

Ojalá que esta tregua se convierta en paz.
Se habla de un joven capitan que debe venir
con él, y cuya presencia nos debe ser muy
grata.
¡Que venga pronto!
Blanca fué á sentarse cerca de una ventana
del salon tomó el bandolin que Alberto le ha-
bia dejado en otro tiempo á su partida, y despues
de un corto intervalo, se puso á cantar un
aire nacional acompañandose con el instrumen
to, cuyos sonidos resonaban en el salon.
Despues dejó el Bandolin, y se fué con su madre
Un cuarto de hora despues se presentaron en
la puerta del castillo dos jóvenes oficiales pidiendo
hospitalidad.
El castellano que fué llamado los miró y ex
clamó al punto. ¡Dios mio!
¡Es nuestro joven señor el conde Juan!
¡Gracias sean dadas al cielo!
¡Que felices van á ser nuestras madres!
Y se dispuso á ir á anunciar esta nueva á la
condesa pero don Juan lo detuvo queriendo
él mismo llevar el anuncio de su llegada.
Subió pues con Alberto al primer piso,

atravesó el salon, donde quedó Alberto, y el solo fué á la puerta del aposento de su madre.

Esta no respondió, pero Juan abrió, y echó en los brazos de la noble señora, Blanca que estaba presente, dió gritos de alegría.

La felicidad que esperimentaron esta madre y este hermano y esta hermana, volviendose á ver ~~[illegible]~~ fué inexplicable, y nosotros no trataremos de describirla.

En el punto se oyó resonar los ecos del bandolin que Blanca habia dejado en el salon.

¿Que es eso que suena? dijo la jóven señorita prestando un oido atento, cuando ella distinguio sonidos melodiosos, tales como los producia anteriormente los dedos hábiles de Alberto.

¡Es el! esclamó ella ¡es el jóven carbonero!

Y ella se precipito hacia la puerta; pero ella retrocedió un paso, viendo á un oficial con uniforme de capitan y llevando sobre el pecho la condecoracion de la órden de Santiago.

Juan se sonrio á la vista de este engaño y tomando una bujía, fué á ponerse al lado de Alberto, para alumbrar su rostro.

Blanca.

¡El es! ¡es el! dijo la condesa saludandolo como un antiguo conocido; pero tomando al punto otro tono, dió las gracias al capitan por el honor que le hacia de volver á su castillo.

¿Y que? noble señora exclamó Alberto ¿vos me tratais con etiqueta?

¡Ah! yo soy siempre como antes el jóven carbonero del valle.

La condesa le dió la mano.

Puesto que no quereis que se le nombre señor capitan, yo voy á daros otro titulo que os conviene mas.

Yo tengo el honor de ofrecer mis primeros homenages al jóven conde Lorenzo de Palma hijo del ilustre general que con tanto valor ha defendido su patria.

Alberto parecio como herido de un rayo oyendo esta calificacion, y tomando eso como por galanteria, rogó á la señora moderarse pero esta fué abrir un armario, y sacó un rollo de pergamino que selo presentó p.ª q.e lo leyese mientras que Blanca buscó tambien las alhajas que ella presentó sobre una mesa.

Alberto leyó el pergamino, y le costo trabajo

crer á sus ojos.

¿Es pues verdad? exclamó ¿esto no es un sueño?

Yo soy el hijo del hombre que mi corazon me ha inspirado tanto amarle.

¡O Dia feliz en el que al fin tengo la dicha de conocer al que debo la vida!

Si hubiera podido elegir entre mil al conde ~~[illegible]~~ de Palma es quien ~~yo~~ hubiera escojido.

¡Que no pudiese ~~yo~~ en este mismo instante arrojarme á sus brazos! y decirle: ¡Padre mio he aquí vuestro hijo!

Despues levantó una mirada hacia el cielo derramando lagrimas.

¡Sed mil veces bendito Dios mio de haber vuelto un hijo á un padre desconsolado!

¿Pero decidme, condesa de Mendoza, como ha llegado á vos estos documentos?

Yo os esplicaré todo eso.

Esperando entreguemonos á la alegria.

Nosotros bamos á celebrar una pequeña fiesta por este feliz descubrimiento.

Durante la comida que siguió á este reconocimiento, la condesa sentada entre Alberto y su hijo contó que un carbonero á quien ella había dado la cabaña habitada en otro tiempo por Camilo y Alberto, había venido un día á traerle el pergamino y las alhajas que el había encontrado en el hueco de una encina que acababa de derribar.

Camilo lo había ocultado allí p.a preservarlos de las investigaciones de sus enemigos.

[illegible] podré bendecir a la divina providencia como debo hacer todos los esfuerzos para encontrar lo mas pronto posible á mi padre

[illegible] de haber conducido así todas las cosas pero

Es una necesidad de mi corazon volverlo á ver á fin de sacarlo de toda ingratitud,

Todo el mundo aplaudió esta resolucion.

Capitulo XIII.

El padre afortunado

Alberto partió al otro dia al apuntar la aurora para ir á visitar la sepultura de su antiguo maestro Camilo.

Llegado á la tumba, se arrodilla, y oró largo tiempo
por el reposo del alma de su bienhechor.
Enseguida á la cabaña habitada por un
pobre carbonero y su esposa, en aquella cabaña
tan amada donde él había sido criado en otro
tiempo, saludó á los nuevos habitantes y se en-
tretuvo algun tiempo con ellos, cuyo que un
hidalgo montado sobre un hermoso caballo
fatigado había llegado la víspera al valle
seguido de un criado, y que había tomado las
señas de un antiguo profesor de Salamanca
y de un joven q. debían haberse retirado
algunos años, que habiendo sabido, la vida
del uno y la muerte del otro, había mani-
festado mucha inquietud y aun había llora-
do sobre la tumba del profesor.
¿Y á donde se ha retirado este hombre?
preguntó Alberto con zozobra.
El tomó el camino del valle por la parte
del norte, respondió el carbonero, y no debe
estar muy lejos de aquí.
Si quereis yo iré á llevaros p.a descubrirlo.
Marchemos al punto sin perder un instante
y marcharon.
Atravesaron con rapidez una montaña muy
elevada y bajaron del valle hacia el norte

informandose en todas partes del hidalgo pero nada pudieron saber.

Al fin hacia la tarde llegaron á una aldea y se fueron á la posada para pasar allí la noche

Alberto vió al entrar un hombre cubierto con una capa blanca sentado en una mesa con la cabeza apoyada sobre la palma de la mano, y como entregado á una profunda reflexion.

Se fué derecho á él, le preguntó [illegible] y reconoció a su antiguo general, á su querido Padre.

¡Conde de Palma! esclamó, echandose en sus brazos.

Entregados á la alegría, el cielo ha oido vuestros ruegos y los mios.

El que [illegible] ante de vos es vuestro hijo Lorenzo aquel mismo que.....

El conde se levantó como un hombre que sale de un sueño, y reconoció al jóven capitan q.e dos veces le habia salvado la vida.

Aquí seria necesario dejar la pluma por ser imposible pintar con bellos colores el enagenamiento de estos dos seres; que se encontraban despues de haberse visto

y amado sin conocerse, y se reunían enfin
despues de una larga y cruel separacion.
El posadero y todos los otros que estaban presentes
á esta escena interesante no sabian que pensar
al ver la alegria que manifestaban el general
y el capitan; sus lagrimas se mezclaron con
la de estos dos guerreros, y el posadero los
felicitó de la dicha que experimentaban.
Despues de los primeros momentos de desahogo,
su padre y el hijo comieron juntos y se entre-
garon al reposo: habrá mucho tiempo que
no pasarán noche mas tranquila.
Al otro dia volvieron al valle del carbonero
y visitaron la sepultura de Camilo.
El conde de Palma se arrodilló sobre el verde
cesped, tu reposas aquí en paz mi antiguo
amigo dijo sollozando.
¡Tu has cumplido fielmente el encargo que yo
te habia confiado!
¿Que no pudiera yo testificarte mi reconocimiento?
Pero tu tienes ya tu recompensa en el cielo, y jamas
el recuerdo de tu amistad no se borrará de mi me-
moria.
Adios mi Alfonso de Arias, adios amado amigo
mio aun falta que podamos volvernos a ver
en un mundo mas feliz donde no nos separa-
remos jamás.

El conde se levantó enjugó sus lagrimas y entró en la cabaña donde se había criado su hijo y donde este le contó algunos rasgos de su infancia.

Aceptaron algun refresco que le presentaron el carbonero y su esposa, y despues de haberles pagado generosamente, se salieron.

Dirigieron a jinar la montaña p.ª ir a visitar la familia de Mendoza.

La condesa estaba sentada en el balcon con su hija, cuando el guarda del castillo, hizo señal con su corneta y anunció la llegada del General y de su hijo. La condesa y su hija ~~Elvira~~, bajaron al punto p.ª recibir a los nobles forasteros que llegaban.

Este es el joven conde Lorenzo de Palma, esclamó Blanca, y viene acompañado de un anciano q.e tiene las insignias de General.

¡Si será su padre! ¡Felicidad!

Esta anuncio hizo apresurar el paso a la señora.

Bien pronto se hallaron en el patio y reconocieron en efecto al conde de Palma, y a su hijo. Brillaban las lagrimas en los ojos de todos, y hubo una especie de silencio religioso, hasta q.e los nobles personajes se ~~inmutaron~~ desahogaron

La condesa confusa por la conducta que su esposo habia tenido para con el general de Palma; casi nose atrevia á hablar, y el conde conmovido temia que sus primeras palabras ofendiese á la noble señora.

Sin embargo despues de un momento de excitacion, le dijo el conde

Delante de vos nobles señoras veis dos victimas del furor delas pasiones humanas, pero olvidemos lo pasado y no pensemos mas que en bendecir al cielo por habernos unido, para conformarnos con los deseos del Ylustre Mendoza restablezcamos la amistad, y que nada sea capaz de turbarla, y presentó su mano a la condesa; la dama la apretó contra sus labios y otro tanto hizo la joven Blanca

Entre estos sucesos llegó el conde Juan que condujó á todos al salon, donde se entregaron á la mas espontanea alegria.

El conde de Palma pasó muchos dias en el castillo, durante los cuales manifestó á la condesa el deseo que tenia de unirse á la joven Blanca la que habiendo consentido el matrimonio se celebró al instante.

De esta manera las dos familias se unieron con lazos que nada pudo ya romper, y formaron

una delas mas poderosas casas dela monarquia Española.

El jóven Conde de Palma se distinguió despues por su valor y sus talentos militares, y reemplazó á su padre en estos cargos.

Jamás el olvido, los infortunios de su juventud y le agradaba el sobrenombre de carbonero de Valencia que se le daba algunas veces.

La bendicion de Dios reposó constantemente sobre él y las virtudes cristianas hicieron la felicidad de toda su vida, y le aseguraron la gloria eterna.

Fin dela novela.